



**Antagonismos Políticos y Emotivismo: El Fracaso del Ideal Moderno en Colombia a luz de
la filosofía moral de MacIntyre**

Jhonatan David Pino Rentería

Trabajo de grado para optar al título de Filósofo

Asesor

Luis Fernando Vahos Echeverry

Licenciado en Filosofía y Letras

Universidad Pontificia Bolivariana

Escuela de Filosofía, Teología y Humanidades

Filosofía

Medellín

2024

El contenido de este documento no ha sido presentado con anterioridad para optar a un título, ya sea en igual forma o con variaciones, en esta o en cualquiera otra universidad.

Dedicatoria

A Dios,

Le elevo mi gratitud por su constante luz en mi vida. En cada paso, ha sido fortaleza y consuelo, camino que ha dado forma a este esfuerzo.

En reverencia y amor eterno,

A mis padres, Maritza y Omar, quienes han sido mi apoyo incondicional y fuente de inspiración a lo largo de mi vida, que han luchado por sacar adelante a un hijo imperfecto, solo me queda un profundo agradecimiento. Hoy, en los finales de este camino, agradezco su amor, sacrificio y enseñanzas.

A mi hermana, Dahia

La que me soporta, la cómplice, la que la vida le obligo a aguantarme y en su frialdad, siempre hay consuelo y amor para mí, gracias por estar, gracias por ser mi amiga, gracias por ser mi apoyo. Tus palabras han sido una luz de esperanza en los momentos más desafiantes y le han dado tranquilidad a mi corazón.

A mi Eli,

A ti, mi compañera en todas las etapas de frustración y alegría. Gracias por inspirarme, gracias por el amor en tus palabras y gracias por tu apoyo constante. El cierre de esta etapa no es solo un esfuerzo personal, es el resultado del apoyo inquebrantable que he recibido de ti. A tu lado, los desafíos se vuelven más manejables y cada triunfo se vuelve más significativo. Este trabajo lleva un pedacito de tu amor y aliento en cada palabra.

Con inmenso cariño.

Jhonatan David Pino Rentería

Agradecimientos

Agradezco desde lo más profundo de mi existencia a la filosofía, por mostrarme un camino diferente para habitar el mundo. Agradezco a las mentes que han pisado esta tierra y, en su genialidad, han transformado las letras y el mundo. Mi reconocimiento a la Filosofía es un homenaje a su capacidad de transformador, a la oportunidad que nos da de desvelar lo escondido en su constante invitación a la reflexión. Este trabajo es un tributo a la disciplina que ha iluminado mi camino y mi vida.

A mi familia, en especial a mis padres y a mi hermana, que me han apoyado en cada paso del camino y, aún sin comprender en su totalidad mi formación, han sido siempre una base en la realización de mis sueños y proyecto de vida.

A mis profes, que en su sapiencia y emoción, transmitieron de una u otra forma su amor por esta disciplina. En especial, agradezco inmensamente a los siguiente profesores: Al Padre Jacinto, que me recibió en mi primer momento en la universidad y me incito a conocer la belleza del pensamiento latinoamericano; al Doctor López López, por su invitación constante a la belleza del conocimiento y la emoción de pensar la filosofía; a mi profe Yarce, maestro incondicional, que apoyo inmensamente mi camino académico invitándome siempre a la reflexión, compartiendo sus conocimiento y experiencias, pero siempre abierto al debate para alentar el crecimiento de sus estudiantes.

Agradecimientos enormes a mi asesor, Luis Fernando Vahos Echeverry, que sin conocerme, y aún ocupado, estuvo dispuesto con la mayor amabilidad a acompañarme en este camino y revisar, con cariño y en el mayor animo propositivo, los errores que un estudiante comete en el entusiasmo de escribir. Este trabajo no hubiera sido posible sin su guía y corrección, por lo que le agradezco profundamente.

A mi Eli, que me ha acompañado en este viaje, me ha apoyado en cada paso y ha compartido su amor en la construcción de mi vida. Tu presencia ha iluminado mi existencia y ha hecho que cada experiencia sea más significativa.

A mi mejor amigo, Sebas, que ha estado en mi vida desde antes de mis primeros pasos en esta disciplina apoyándome, inspirándome e invitándome a mejorar. Gracias inmensas por tu amistad, por brindándome siempre aliento para seguir adelante en cada momento, por estar ahí en cada proyecto que se me ocurre. Tu amistad es un tesoro invaluable.

Tabla de contenido

Resumen.....	7
Abstract	7
Introducción	9
Capítulo I: Antagonismos Políticos y Emotivismo Desde la Filosofía Moral De MacIntyre	16
Estado del Arte.....	16
Legado de MacIntyre en “Tras la virtud”: La relación del Emotivismo, El Ideal Moderno y Los Antagonismos Políticos en Colombia.....	28
Metodología	37
Capítulo II. Acercamiento a MacIntyre y su Obra: Aplicabilidad de la Propuesta de MacIntyre en el Análisis Político	39
Historia Intelectual de MacIntyre	39
Tras la Virtud	43
Ideal Moderno: El Proyecto de Justificación Ilustrada	45
Fracaso del Proyecto Ilustrado: La Degeneración de los Conceptos Morales	47
La Moral y La Política, un Mismo Fenómeno	51
Capítulo III: Ideal del Estado en Colombia	54
Orígenes del Estado Moderno.....	54
Proyecto de Nación	60
El Estado Moderno en América Latina: El caso de Colombia	62
La independencia: La construcción del Estado y la Idea de Nación.....	65
Capítulo IV. Raíces del Emotivismo en La Política Colombiana, Los Metarelatos y La Filosofía Moral De Alasdair MacIntyre.....	70
Los Padre de la Patria: La Personificación de Nuevos Relatos, El Caso de Bolívar y Santander	70

Tendencias e Ideales Opuestos, Consecuencias del Emotivismo en la Política de Colombia..	76
Conclusiones.....	84
Referencias.....	87

Resumen

Este artículo abarca la historia política de Colombia en su relación con la teoría moral de MacIntyre, teniendo como propósito analizar los antagonismos políticos en los primeros años del país, explorando cómo la falta de cohesión y la lucha entre las figuras heroicas, es el resultado de un ideal moderno que en su fundamento epistemológico y práctico, ha fomentado el auge del emotivismo, provocando que en los escenarios políticos de los pueblos bajo su influencia, como es el caso concreto de Colombia que lo tomo como relato fundacional, se presente una incapacidad para establecer un relato común duradero. Al examinar la evolución de los ideales políticos en Colombia se ve reflejado un emotivismo que ha conducido a ilegitimidad e ingobernabilidad, que ha dominado los debates fundamentales y ha extendido los antagonismos políticos de la historia republicana. La propuesta de MacIntyre sobre el fracaso del ideal moderno proporciona una herramienta explicativa para comprender la falta de un fundamento ético compartido y la prevalencia del emotivismo en el país, intentando ofrecer una perspectiva filosófica valiosa para entender la compleja historia política de Colombia.

Palabras clave: emotivismo, ideal moderno, antagonismos políticos, historia política colombiana, MacIntyre

Abstract

This article covers the political history of Colombia in relation to MacIntyre's moral theory, with the purpose of analyzing political antagonisms in the country's early years. It explores how the lack of cohesion and the struggle among heroic figures result from a modern ideal that, in its epistemological and practical foundation, has fostered the rise of emotivism. This has led to an

inability to establish a lasting common narrative in the political scenarios of the influenced nations, as is the case with Colombia, which has adopted it as a foundational narrative.

Examining the evolution of political ideals in Colombia reveals an emotivism that has led to illegitimacy and ungovernability, dominating fundamental debates and perpetuating political antagonisms throughout the republican history. MacIntyre's proposal regarding the failure of the modern ideal provides an explanatory tool to understand the lack of a shared ethical foundation and the prevalence of emotivism in the country. It aims to offer a valuable philosophical perspective for comprehending Colombia's complex political history.

Keywords: emotivism, modern ideal, political antagonisms, colombia political history, macintyre.

Introducción

Colombia, aún con su inmensa riqueza cultural, deportiva y natural, se ha caracterizado, en muchas ocasiones y no precisamente en el aspecto más positivo, por ejercer una política llena de escenario de intensos conflictos y grandes antagonismos, incluso, desde sus primeros años como república. La historia de Colombia ha sido testigo de divisiones prolongadas y luchas sin aparente final que parecen condenar los destinos de un pueblo a emerger como sociedad siempre desde escenarios complejos, entre conflictos y divisiones arraigadas.

En esta tierra los focos de discusión, la multiplicidad, permanentemente se han mantenido, englobando una magnitud de significaciones, circunstancias, valoraciones e ideas de país que se anuncia como palabras claves, utilizadas como reducción de los intereses del momento, convirtiéndose en los marcos mentales de la política de la nación. Se pueden enunciar diversos ejemplos de esta tendencia: federalismo y centralismo, bolivarianos y santandereanos, liberales y conservadores, guerrilla y paramilitarismo, izquierda y derecha o, si se quiere ir más allá, pueblo y dirigentes.

En la historia reciente, esta tendencia a la simplificación y la contrariedad se ha dado incluso en apuestas concretas, como lo fue el plebiscito por la paz en 2016 o la consulta anticorrupción en 2018, que en sus premisas más básicas apostaban por acciones específicas para un bien común, pero en su discusión y en la apología del “sí” o “no”, se terminaron reduciendo a posturas y calificativos que englobaban mucho más que las acciones concretas que se estaban consultando a la ciudadanía; este tipo de hechos nos demuestra que Colombia es un país curioso e interesante desde diversos puntos, que va más allá de la belleza de su territorio o lo valioso de su capital social, en su esencialidad está presente lo inquietante que ha llegado a ser en muchos momentos.

La historia política de Colombia ha sido testigo de una sucesión constante de antagonismos que de una u otra forma, han dejado una huella duradera, remitiéndonos, incluso, a los primeros años del país. Indistintamente del lugar en el que nos paremos, esta tierra tiene muchos relatos por contar y en esa diversidad se va gestando la pregunta por las raíces del presente, porque la discusión y disparidad de ideas es sin duda una de las grandes fuentes de los procesos históricos que han permitido, en retrospectiva, ampliar las posibilidades interpretativas sobre los destinos de determinados fenómenos.

El antagonismo, en muchos momentos, se ha leído con la pretensión de unificar la diversidad, al ser esta la base de la deliberación y por lo tanto del mundo democrático, sin embargo, esta tendencia llega a crear separaciones tan grandes que genera una figura de cohesión, rechazando de manera general lo que no se suscriba en un lado u otro. Aquella libertad para proclamar y la disparidad que está presente en estas tierras, tiene la particularidad de que en los puntos claves pocas veces hay unidad, precisamente porque aquellos términos que unifican posturas, tienen una variedad tan grande en sí mismas, que no existe, retomando los términos anteriores, una sola idea de pueblo y dirigentes; izquierda y derecha; guerrillas y paramilitar; liberales y conservadores; centralistas y federales y, en principio, bolivarianos y santandereanos.

La idea de entender de infinitos modos un mismo fenómeno es el punto inicial para que la contrariedad se manifieste en cualquier escenario del territorio y los habitantes del país tengan una idea diferente de dónde estamos y hacia dónde vamos, generando que las ideas fundamentales, aquellos marcos mentales que mueven una idea de Estado y nación, focos de la conversación general, al ser la base conceptual del rumbo del país, no resuelvan los conflictos que les atañen y creen muchos más.

Este fenómeno no tiene sus raíces en la época reciente, de aquí parte nuestra premisa, si damos una mirada en la historia, en los primeros años del siglo XIX, Colombia apenas se está consolidando, era una república naciente y, tal como dice el famoso dicho: es más fácil liberar un pueblo que organizarlo. La política de esta república es ejemplo constante de ello, desde la proclamación de la independencia al hoy, se han tenido nueve constituciones, nueve formas diferentes de organizarnos, algunas de ellas presentándose como un tanteo de lo que debe ser el país, las lecturas de la constitución tienen de todo menos continuidad y los marcos mentales son claros en su enunciación, pero difusos en su práctica y surge la inquietud sobre si es posible el consenso en las ideas fundamentales que mueven el panorama político.

Se puede decir, en esa medida, que la historia política de Colombia ha estado marcada por antagonismos persistentes, especialmente en sus primeros años, dando lugar a una compleja red de conflictos que se han extendido al hoy. En los diferentes caminos que se pueden sugerir para intentar vislumbrar una respuesta a las inquietudes que en este primer espacio se han presentado, un referente interesante es MacIntyre, que en su teoría moral, encuentra una falencia epistemológica en el ideal de modernidad que el mundo tomo como base para la construcción de un nuevo comienzo.

Este trabajo se sumerge en la historia política del país latinoamericano y de sus origen conceptuales, en un intento por analizar las causas de los antagonismo políticos que han caracterizado a Colombia desde sus primeros años republicanos, partiendo de una perspectiva filosófica y un análisis histórico-critico, se toma al filósofo inglés MacIntyre como guía para entender los elementos que han configurado de forma esencial el debate político.

La hipótesis de degeneración moral de MacIntyre en su obra “Tras la virtud”, unidas al esfuerzo por responder las interrogantes propias de Colombia que las que esta investigación nos

ha suscitado, nos conduce a la pregunta central de este trabajo que focalizara nuestros esfuerzos: ¿Cómo la propuesta de fracaso del ideal moderno de la teoría moral de MacIntyre sirve como herramienta explicativa para los antagonismos políticos que caracterizaron los inicios de la historia colombiana y que perduran hoy?

La interrogante, pretende entrar en las raíces filosóficas de los conflictos políticos colombianos, en la búsqueda de cómo la crisis del ideal moderno, enunciada por MacIntyre, explica la falta de cohesión en el debate, a lo que se le suma la prevalencia y la consolidación de una consecuencia ya enuncia por el filósofo inglés y practicado por los políticos en su lectura del escenario político del país: el emotivismo.

La influencia del emotivismo y el fracaso del ideal moderno, puntos básicos de la perspectiva filosófica de Alasdair MacIntyre, serán la guía fundamental de un análisis que se enfrenta a los desafíos de la construcción de una narrativa común en la nación. Entendiendo que el colapso del ideal moderno ha moldeado el paisaje político, al ser esta la base originaria sobre la que Colombia fundamento su creación y sus prácticas posteriores, entiendo, a su vez, esa historia fundadora, se da paso al entendimiento de cómo estas fuerzas han contribuido a la falta de cohesión y a los antagonismos persistentes en la historia del país.

Los conflictos políticos, enraizados en divergencias fundamentales, generan, a su vez, que esta interrogante se adentra en la trama de los acontecimientos y antagonismo políticos de Colombia, buscando desentrañar esas conexiones, entre la teoría filosófica de MacIntyre y la evolución histórica del país, pasando por falta de cohesión, hasta preguntarnos por la lucha entre figuras heroicas, la investigación se mueve en la revelación de síntomas de un ideal moderno defectuoso que ha cultivado, paulatinamente, el crecimiento del emotivismo en el ámbito político y la incapacidad de establecer un relato común duradero.

En esa medida, analizando la evolución de los ideales políticos en Colombia, quizás, podemos encontrar la fuente de muchos momentos de ilegitimidad e ingobernabilidad que en muchos momentos ha permeado los debates fundamentales, en ese sentido, la propuesta de MacIntyre se posiciona como una herramienta explicativa valiosa, que arrojará luz sobre la complejidad histórica de Colombia, así como la falta de un fundamento ético compartido y la predominancia del emotivismo como elemento clave en la narrativa histórica colombiana.

En síntesis, el objetivo general de este trabajo es analizar cómo la propuesta de MacIntyre sobre el fracaso del ideal moderno, presentada en su teoría moral, contribuye a la explicación de los antagonismos políticos en los primeros años de la historia de Colombia.

Presentándose como objetivos específicos que se desprenden de nuestro propósito a investigar y en el intento de darle un orden al contenido a presentar, en un primer momento se examinara los conceptos clave de la teoría moral de MacIntyre relacionados con el fracaso del ideal moderno y, en esa medida, se evaluara la aplicabilidad de la propuesta del inglés como herramienta explicativa para los antagonismos políticos.

En un segundo momento, identificaremos el origen histórico de los antagonismos políticos en los primeros años de la historia colombiana a la luz de la propuesta de MacIntyre y, para finalizar, relacionaremos el desarrollo histórico de la política colombiana con la propuesta filosófica de MacIntyre sintetizando los hallazgos obtenidos sobre la relevancia y eficacia de la teoría del inglés en la explicación de los antagonismos políticos de la historia de Colombia.

La hipótesis de este estudio pretende demostrar que el estado actual en el que se encuentra el horizonte conceptual que fundamenta la dirección del estado es difuso ya que progresivamente ha perdido su sentido, porque si bien los conceptos cambian con el tiempo, en Colombia se ampliaron tanto que responden a una realidad difusa y no a una mirada concreta que

dé cuenta lógica y significativamente de lo que se está hablando en el entendimiento ni en las bases comunes.

Las voces del poder paulatinamente cambian y, con ello, degeneran el sentido de los términos fundacionales y orientadores del Estado, generando que estemos en una meseta de contrariedad que no permite tener una idea clara sobre la guía y el futuro. Esta falencia, que tiene raíces importantes en nuestra vida social y política, tiene su fundamento y su primer fallo en el intento de justificación moral de la modernidad que generó nebulosas en las prácticas que tienen como fuente el ideal moderno del proyecto ilustrado.

Rastreando los primeros años de vida republicana, apuntando a la línea hipotética de MacIntyre y analizando los antagonismos políticos que han caracterizado esta nación, se evidencia la falta de cohesión y la contienda entre figuras heroicas como el resultado de un ideal moderno en declive y, con unos cimientos epistemológicos y prácticos difusos, la realidad colombiana ha propiciado el auge del emotivismo, creando un escenario político donde la falta de un relato común duradero se manifiesta de forma palpable.

Este escrito, además, permite adentrarse a la teoría moral de MacIntyre, examinando y proporcionando una lente valiosa para entender los desafíos persistentes que existen en la construcción de una identidad política colectiva, arrojando luz sobre los desafíos inherentes a la construcción de una narrativa política común en un Estado tan complejo como lo es Colombia.

Por último, el interés por este trabajo y el autor que se tomó para la construcción de esta investigación nace precisamente de la duda, en esencia simple pero razonable, por la contrariedad que se evidencia en las discusiones de los intereses claves del país y la pregunta, que muchas veces obviamos por nuestra curiosidad y asombro por las ideas de nuestros

antepasados, de si la modernidad generó construcciones tan perfecta como solemos hablar de ellas cuando enunciamos esa época.

Estos dos momentos paulatinamente condujeron a la historia de Colombia y a buscar una crítica filosóficamente objetiva de la modernidad como producción filosófica, allí apareció MacIntyre y sus palabras empezaron a resonar con la lectura, aparentemente alejada, de la historia del país, las resonancia de esas lecturas, que se iniciaron por curiosidad, desembocaron en este producto.

Colombia, tiene la tendencia de olvidarse de sus orígenes, de su pasado. Este trabajo es un intento de pensar los orígenes para entender el presente, teniendo claro que no es una explicación definitiva, es un intento para comprender el porqué del hoy y, en esa medida, quizás abrimos otro camino para repensar las formas en qué entendemos y construimos este país.

Capítulo I: Antagonismos Políticos y Emotivismo Desde la Filosofía Moral De MacIntyre

Estado del Arte

El tema que nos ocupa radica en la tendencia hacia la polarización y la confrontación que ha dejado una huella duradera en el país, afectando su desarrollo social y político. Indagar sobre esta problemática resulta verdaderamente amplia, porque los motivos detrás de los antagonismos políticos tienen una variedad inmensa de circunstancias que van desde lo personal, incluyendo la historia particular y los sentires propios de los individuos involucrados, hasta las tendencias históricas que marcan el rumbo y definen los destinos del pueblo involucrado. Entender esta inmensidad conceptual a la que nos enfrentamos resulta no solo problemático, sino retador, en la medida en que es necesario focalizar sin perder el norte que la generalidad nos vislumbró en un primer acercamiento.

En ese orden de ideas, la definición del problema se dio partiendo de categorías que recogieran esa amplitud que en un primer momento se presentó. La primera categoría fue “antagonismo políticos”, porque allí radica el centro del tema a investigar, es decir, el problema que se reconoce y que nos invita al análisis y la reflexión es esta condición de la política colombiana. La voz de MacIntyre se presenta como guía, presentándonos tres categorías claves de su obra “ideal moderno”, “emotivismo” y “filosofía moral”. Al ser el primero presentado como diagnóstico, el segundo como consecuencia en su obra y el tercero la rama de la filosofía que se trabaja, nos permite construir una propuesta que permita identificar en el plano que nos estamos enmarcando posibles relaciones y reflexiones interesantes.

Definidas nuestras categorías y el enfoque para tratar nuestro problema, resulta importante y necesario conocer la investigación académica que se ha realizado en el área de estudio, en el intento de establecer precedentes que sirvan como sustento metodológico, teórico y

temático para el trabajo presente; a su vez, este rastreo nos permite conocer el estado, la pertinencia y el elemento innovador de esta propuesta, para no caer en una meseta en el intento de construir.

Para el rastreo de información se utilizó la investigación documental, tomando inicialmente un rango temporal de 5 años hacia atrás y, según los resultados, se ampliaba la búsqueda duplicando el tiempo establecido hasta un máximo de 3 veces, es decir, 15 años. Los tipos de fuente a los que se apuntaban eran artículos de revistas científicas, Tesis de grado de cualquier nivel de formación, libros o capítulos de libros, enfocándose en contenido en español y aceptando resultados en el idioma inglés o portugués, sin ser estos idiomas los focos; el acceso directo fue un requisito que no se movió, ya que se necesitaba de esta características para acceder a la lectura de documentos para clasificar su pertinencia y su utilidad.

De los resultados encontramos, en un primer momento sale a la luz el trabajo Chambers, P. A. (2013) titulado “Las ciencias sociales como otro escenario del conflicto colombiano: Una mirada desde la filosofía de Alasdair MacIntyre.” Este trabajo de Chambers según su propia descripción dice:

El estudio científico-social del conflicto armado colombiano se ha convertido en un escenario más del conflicto basado en fuertes desacuerdos teóricos y filosóficos. Esto se debe a las inherentes dimensiones normativas e ideológicas de las ciencias sociales, las cuales afectan los marcos teóricos y los métodos científicos empleados y, por ende, la manera en que se perciben los “hechos” a analizar. Incide también en el tipo de explicaciones y variables que serán relevantes y las conclusiones a que se llega. El artículo sostiene que las tesis filosóficas de Alasdair MacIntyre pueden explicar y elucidar este problema además de apuntar hacia una solución. (2013, p. 223)

Este trabajo se destaca por su abordaje de la complejidad del conflicto, siendo este multifacético y multidimensional, al ser el escenario de múltiples interpretaciones, como lo puede ser la violencia política o las injusticias, sumándole su gran variedad de actores involucrados. En esa medida, la propuesta de MacIntyre se interna en el conflicto como una aproximación ética, reflexiva y basada en el estudio de los orígenes, pero con el enfoque de la construcción de paz, criticando la simplificación y reduccionismo en las metodologías como la teoría de la elección racional o el enfoque económico de la guerra, lecturas generalmente utilizadas para analizar el conflicto colombiano al que se le quitan las dimensiones éticas, morales y estructurales de las dinámicas colombianas.

Este trabajo, aunque tiene varios años de antigüedad, su desarrollo se mantiene vigente como contribución en la forma de pensar los aportes académicos a uno de los temas más sensibles de la historia nacional de Colombia, el conflicto armado. Además, es sin lugar a duda un desarrollo importante de la filosofía de MacIntyre en relación con el contexto colombiano.

Este trabajo, para nuestra investigación, no solo es importante como antecedente, sino que también es valioso por dos enfoques: primero es la relación necesaria que hace entre la moral y la política en MacIntyre, que también apuntamos en este trabajo; segundo, este trae a MacIntyre al contexto colombiano, mostrándonos que incluso en un terreno posiblemente más flexible, como lo es la ciencias sociales, se mantiene el antagonismo.

A este ya excelente trabajo, se le suma otro artículo de Chambers, P. A. (2011) titulado “¿Comunidad política sin negociación?: “Desacuerdo radical” y las dimensiones éticas de la búsqueda de la paz en Colombia.” En este trabajo se plantea la idea de una posible "solución no-negociada" al conflicto colombiano, considerada por algunos como una posibilidad sería, aunque se argumenta que esta opción podría no resolver el conflicto de manera duradera.

En esa medida el trabajo se inclina por la reconstrucción de la razón práctica y pública en la construcción de comunidades políticas éticas y racionales. Para ser posible esa reconstrucción es necesario focalizar a las universidades en este proceso. Los diferentes obstáculos, como lo son la fragmentación ética o el neoliberalismo son una barrera, en esa medida, lograr una sociedad más justa y racional, basada en el diálogo, la participación ciudadana y el bien común es un desafío como sociedad.

Para las ciencias sociales en el ejercicio de hablar de Colombia el desafío es doble, porque deben comprender la complejidad del conflicto y las condiciones necesarias para la convivencia pacífica y la construcción de justicia política y, por otro lado, deben abordar este desafío desde una perspectiva filosófica, reconociendo la inevitable implicación de la ética en la academia

Este trabajo intenta señalar que una verdadera construcción de comunidad política en Colombia requiere negociaciones no solo entre el Estado y la insurgencia, sino también entre todos los sectores sociales sobre las premisas básicas del proyecto nacional y las condiciones de convivencia. El trabajo explora la filosofía de Alasdair MacIntyre como recurso para comprender y superar este problema, que afecta tanto a las ciencias sociales como a las relaciones entre las comunidades y el Estado en Colombia. Este texto no solo resulta fundamental porque relaciona uno de los antagonismos políticos más persistente de la historia de Colombia como lo es el conflicto armado con MacIntyre, lo es por su dimensión propositiva, que mirándola en retrospectiva, después de finalizado un proceso de paz, planteando temas profundos como lo es la importancia de negociar no solo entre el Estado y la insurgencia, sino también entre todos los sectores sociales, hecho que se vio reflejado en la práctica en plebiscito por la paz del 2016, sin importar los resultados de este.

Además el trabajo aborda un concepto interesante, llamado "desacuerdo radical" y, en relación con la filosofía de Alasdair MacIntyre refiere a diferencias fundamentales en las concepciones éticas y políticas que dificultan la negociación y la búsqueda de consensos en contextos de conflicto, provocando una falta de acuerdos comunes duraderos que quizás desde la filosofía del inglés se pueda abordar para superar las divisiones y trabajar hacia la construcción de consensos racionales y éticos en contextos de conflicto.

Otro trabajo, más alejado de nuestro propósito al no estar enfocado en el territorio de nuestro análisis ni en la problemática, pero sin duda importante, es el trabajo de grado del doctorado de Saiz, M. J. (2019) que lleva por título “El diálogo entre tradiciones y culturas en el pensamiento de Alasdair MacIntyre y Charles Taylor.”

Este trabajo aborda el desafío contemporáneo del contacto muchas veces olvidado entre culturas y tradiciones alejadas o diferentes. En esa medida, encontrarse no es solo estar geográficamente juntos, la globalización, las migraciones y el multiculturalismo son ejemplos de procesos que generan esta situación de diversidad cultural. El trabajo se centra en la respuesta al desafío del pluralismo, enfocándose en la importancia del debate de este problema en las ciencias humanas, sugiriendo voces críticas que vayan más allá del individualismo y la línea liberal de la filosofía. Centrándose en el comunitarismo como un movimiento que enfatiza la dimensión social del ser humano y critica el individualismo liberal, relacionara a sus dos grandes exponentes, Charles Taylor y, el que nos interesa, Alasdair MacIntyre. En palabras de Saiz (2019):

En esta tesis abordaremos el pensamiento de dos filósofos comunitaristas –a pesar de que ambos rechazaron y buscaron distanciarse de dicho mote, como veremos - habitualmente considerados como representantes de polos opuestos dentro de este

movimiento. Alasdair MacIntyre es uno de los más agudos y radicales críticos del liberalismo y, más en general, de la herencia filosófica, política y social de la Modernidad. Por el contrario, Charles Taylor siempre ha sido tenido por un objetor más moderado, presentando importantes (y reconocidas) afinidades con el liberalismo y apreciando un número de ganancias fruto de los avances específicamente modernos. (p.2)

Este trabajo, en el que se destaca el mundo contemporáneo, y en esa medida la pluralidad y lo diferente, plantea la inevitablemente preguntar de cómo interactuar con lo otro, resaltamos esta obra como un valioso aporte en la relación del pensamiento de MacIntyre en las tendencias modernas, además, el traer una crítica a la epistemología predominante, resaltando la importancia de la historicidad y la dimensión social del ser humano, ubicando a este en su tradición y en su acceso a una realidad parcial que se mantiene siempre contextualizada culturalmente.

Otras obras que se encontraron en la búsqueda y que resaltamos por su aporte a la literatura académica y porque trabajan alguna categoría desde otra orilla epistemológica son, en primer momento, Martín Retamozo y Soledad Stoessel (2014) con su artículo “El concepto de antagonismo en la teoría política contemporánea.” Los autores resumen su trabajo de la siguiente forma:

Se proponen indagar en la categoría de antagonismo desarrollada en el enfoque posestructuralista, posmarxista y posfundacional de Ernesto Laclau. Por medio del análisis de la categoría, sostiene que dicha noción opera en tres campos analíticos que en la obra del autor se desplazan e incluso superponen, provocando algunos equívocos con relación a su estatus y alcance teórico. Estos registros —el ontológico, el óntico y el identitario— dan cuenta de diferentes fenómenos: la institución del orden social, la

multiplicidad de conflictos en la sociedad y la constitución de las identidades políticas. En este sentido, este artículo contribuye a identificar las potencialidades y limitaciones de la categoría de antagonismo para el análisis político de las sociedades contemporáneas. (Martín Retamozo y Soledad Stoessel, 2014, p. 13)

Este trabajo resulta importante porque trabaja las implicaciones de la categoría en las dinámicas propias del mundo político contemporáneo, además nos es útil en la medida de que sienta un precedente para construir y delimitar el concepto más allá de la noción inmediata que este pueda evocar.

Las conclusiones del artículo giran, en primer momento, en que la categoría del antagonismo opera en tres registros fundamentales: ontológico, político y de producción de identidades y, en esa medida, el antagonismo se relaciona con la inestabilidad del orden social y la producción de identidades políticas. En esa medida uno de los retos que tenemos como sociedad radica en la construcción de una comunidad que reconozca la plural, porque la democracia implica reconocer la existencia del otro, es decir, la coexistencia de proyectos políticos antagónicos bajo reglas conjuntas.

A este rastreo se le suma Fonseca Sandoval, S. (2019) con su trabajo de grado de pregrado “Lo político como exclusión: Perspectivas desde el antagonismo político en la obra de Carl Schmitt y Chantal Mouffe.” Este trabajo resulta valioso porque marca otro precedente sobre la categoría de antagonismo político como núcleo y centro a tratar, es decir, se piensa el antagonismo político como un configurador de lo político. Este texto, según Fonseca (2019) analiza “la configuración del espacio de lo político a partir del concepto de antagonismo político, lo hace desde la perspectiva planteado por el jurista alemán Carl Schmitt y la politóloga belga Chantal Mouffe” (p. 2).

El texto concluye resaltando lo eterno de lo político, es decir, en la persistencia y la importancia de lo político a lo largo de la historia. Si bien hay momentos donde las condiciones han provocado la supresión del otro, esas otras ideas siempre vuelven para generar contrapeso. En esa medida, aunque el Estado moderno parezca estar en declive, la política persiste a través de nuevas formas de manifestarse, la política seguirá reinventándose y siendo un destino ineludible para la humanidad y en esa medida, las ideas que se apagan siempre tienen la posibilidad de volver al escenario de decisión.

Este texto es valioso porque plantea que aunque el proyecto insignia de la modernidad puede fracasar, el Estado es solo una forma de lo político y la asociación humana es un universo lleno de posibilidades para el hombre que muchas veces se le instala como su destino.

Otro texto que resulta importante resaltar por su lectura diversa del problema central de nuestro trabajo es de Hoyos, J. F. (2012) titulado “Antagonismo y participación en la Constitución de 1991.” En este trabajo el autor nos plantea el antagonismo como dinamizador o posibilitador de los cambios sociales, en esa medida, el antagonismo no tiene solo la lectura de problema. Hoyos (2012) dice que su texto:

Aborda el problema de la participación y la representación políticas en el contexto colombiano. Se sostiene la idea de lo antagónico y lo político como posibilidades para transformar las estructuras políticas y sociales. Con ello se quiere entender a la sociedad como un proceso en constante tensión, abierto no solo a la normatividad sino al impulso creativo del conflicto. Sin tales elementos no podría hablarse de una autentica participación política, ya que la sociedad estaría condenada a ser un sistema cerrado y armonioso en el que no habría espacio para el antagonismo, germen de participación y cambio social. (p. 55)

Este trabajo concluye destacando la importancia de lo político y de su reconocimiento. Como hecho histórico, las luchas sociales y políticas han configurado la vida humana y, en esa medida, no puede reducirse lo político a meros procesos normativos o a una lógica del sistema económico dominante, la política es construcción y los antagonismo son esenciales para comprender este hecho. Tomando como ejemplo el caso colombiano, la Constitución de 1991 surgió como un proyecto en defensa de lo político, pero como reunión de lo contrario y, bajo esa lógica, tiene limitaciones y contradicciones, producto de su aplicación. De esta forma Hoyos plantea la necesidad de una lógica de participación social generalizada, que promueva la libertad y la igualdad para todos en el reconocimiento del espíritu de participación de la carta magna y en esa medida, la necesidad de seguir trabajando por lo político, por lo contrario, por lo antagónico en Colombia.

En la búsqueda se encontraron otros aportes valioso, enfocados más a MacIntyre y no en nuestro contexto, pero que tratan esa lectura política del inglés desde su idea del fracaso del proyecto ilustrado. Da Rosa, A. (2018), por ejemplo, en su artículo titulado “Ética e política em MacIntyre: Um ethos transdisciplinar”, evalúa la plausibilidad de la ética de las virtudes, recontextualizado por MacIntyre, como paradigma de referencia para la política contemporánea y en esa medida tomando una posición a favor de una ética y una política interdependientes. La comunidad política de MacIntyre tiene como centro el papel de los sujetos conscientes, activos en defender los intereses de la comunidad. En esa medida, deben estar abiertos a las deliberaciones de temas importante y de los que aparentemente no lo son. La invitación de Rosa es la construcción de un ideal político, basado en la ética y la moral, que permita la red de comunidades individuales que no se excluyen, que no sean indiferentes de la vida pública.

También resaltamos el texto de Uribe Guzmán, P. M. (2020) titulado “La tolerancia sustentada: una práctica para la democracia.” Este trabajo aborda un concepto que se desprende del trabajo de MacIntyre y del antagonismo, el concepto de tolerancia, es decir, cómo abordamos nuestra relación con el otro cuando no estamos en la misma línea, intentando concebir la tolerancia como una práctica. Uribe (2020) dice lo siguiente:

El presente artículo plantea una propuesta de tolerancia para la sociedad democrática contemporánea. Al concebirla como una práctica, en los mismos términos de A. MacIntyre, se explica su utilidad y relevancia para la convivencia pacífica y perdurable. Para ello, primero se realizará una descripción del estado actual del debate sobre el concepto de tolerancia, luego se abordará la dificultad en la determinación de lo intolerable, y por último se expondrán los elementos que permiten definir la tolerancia sustentada. (p. 27)

Recapitulando los propósitos de nuestra investigación, este trabajo busca comprender la tendencia hacia la confrontación que ha dejado una marca duradera en Colombia, afectando su desarrollo social y político. La investigación busca comprender esta problemática desde diversas perspectivas, desde el antagonismo político y la historia de Colombia, con el apoyo filosófico de la obra de Alasdair MacIntyre. En esa medida, la tolerancia como practica es sin duda la herramienta para la construcción de una comunidad en la que sus miembros, como sujetos políticos, puedan vivir de forma pacífica. Una tolerancia continuada permite la pluralidad, esencial en la democracia, y en esa medida el intercambio de idea con base en el respeto y la reciprocidad.

Por otro lado, Espí Hernández, A. (2019) en su artículo “La dimensión emocional de los movimientos políticos populistas de S.XXI en América Latina y Europa.”, plantea un trabajo con mucha resonancias con nuestros propósitos investigativos. Espí (2019) dice:

En el presente trabajo efectuamos un análisis cualitativo relativo a los movimientos políticos del siglo XXI encuadrados bajo los términos de “populistas” o “neopopulistas” que han ido emergiendo en diferentes países de América Latina y Europa. Tratamos de demostrar la existencia de una dimensión o base emocional que esencia a la identidad de los mismos. (p.101)

Este trabajo, aunque deja claro que no todos los populismo son iguales, porque como fenómeno histórico, tiene diferentes resultados y características únicas, lo que sí está totalmente presente es que manejan una dimensión emocional significativa y, en esa medida, la movilización de masas tiene como uno de sus motivos la apelación de característica sensitivas y emocionales.

En esa medida el populismo y los cambios que estos traen, tienen por lo general un cuestionamiento a las instituciones, una actitud *anti-establishment*, un conjunto de ideas de movilizan y, bastante importante, una figura carismática que genere conexión con esa población a la que se le quiere hacer llegar las ideas y, para eso, es necesario la creación de vínculos emocionales entre la idea y la masa, teniendo como lazo entre ambas a ese “líder” en el que esas ideas están personificadas.

Por último, Méndez, P. M. (2023) en “El neoliberalismo argentino y sus antagonistas políticos. El caso de Álvaro Alsogaray”, se centra en el surgimiento del neoliberalismo en Argentina posterior a la del primer periodo del peronismo, enfocándose en Álvaro Alsogaray, referente del neoliberalismo argentino. Méndez (2023) lo introduce de la siguiente forma:

El neoliberalismo de Alsogaray se constituyó a partir de: 1) la articulación con las ideas neoliberales que circulaban en Europa a mediados del siglo XX; 2) la definición de un nuevo antagonista político conformado por la relación equivalencia entre el peronismo, el desarrollismo, el radicalismo, la social-democracia y el totalitarismo económico; y 3) la configuración de un programa político destinado a sentar las bases de una “Economía Social de Mercado”. (p. 1)

En este trabajo se utilizando herramientas metodológicas de la arqueología de Foucault y la teoría del discurso de Laclau. En su relación, por supuesto, con los escritos de Álvaro Alsogaray. La intención del artículo es señalar que el antagonismo contribuyó a definir la identidad política del neoliberalismo argentino.

En esa medida, para Méndez, los antagonistas del neoliberalismo argentino van más allá del lenguaje, parten de un acto dotado de racionalidad para la construcción de espacios políticos y, bajo esa lógica, existe un antagonismo entre la planificación central y el libre mercado que no responde necesariamente a la línea histórico y es una estrategia que permite al neoliberalismo argentino mantener alianzas, ser flexibles y sobrevivir a diferente crisis.

Los resultados de esta búsqueda nos permitieron vislumbrar que si bien se puede hacer un rastreo y existen resultados, cuando se utiliza criterios de pertinencia e idoneidad para la investigación los antecedentes del problema son amplios, pero contextualizadas las fuentes son de segundo o tercer orden. Hay trabajos relevantes, pero si tenemos presente la delimitación temporal, hay un vacío en la posibilidad de lectura del contexto colombiano a través de la lectura atenta de MacIntyre.

Este rastreo nos permite ciertas conclusiones. En un primer momento, nos presenta la complejidad del problema, el antagonismo político en Colombia es un tema que involucra una

variedad de factores históricos, sociales y políticos, sumándole su duración constante y prolongada que lo hace mucho más sensible.

En segundo momento, los antecedentes directos se enfocan en esa relación de la obra de MacIntyre con el contexto colombiano, especialmente en relación con el conflicto armado. Esto permite un punto de partida para abordar el problema y ofrece perspectivas únicas sobre posibles soluciones, sin necesariamente ser absolutas.

En tercer momento, este estado del arte nos permite comprender la necesidad del diálogo interdisciplinario, es decir, nuestro trabajo requiere un enfoque que integre la filosofía, la política, la historia y otras disciplinas, intentando una comprensión lo más completa que esté al alcance, exigiendo una mirada amplia y profunda que tenga en cuenta múltiples perspectivas y contextos.

Sintetizando los antecedentes y la construcción del estado del arte se resalta la importancia de abordar el problema del antagonismo político en Colombia desde una perspectiva amplia y fundamentada en la investigación previa, con un enfoque filosófico que permita entender las raíces éticas y políticas de este fenómeno.

Si bien lo construido es escaso para nuestros intereses investigativos, la posibilidad de establecer un nuevo horizonte a las ya múltiples respuestas que se pueden ofrecer sobre uno de los problemas de Colombia está sobre la mesa, por lo que hay un grado de novedad en el proyecto de investigación, contribuyendo a llenar un espacio que se mantiene abierto.

Legado de MacIntyre en “Tras la virtud”: La relación del Emotivismo, El Ideal Moderno y Los Antagonismos Políticos en Colombia

Con una intuición aterrizada en las dinámicas de Colombia, es necesario establecer un fundamento teórico que le de respaldo al trabajo y contenido a la resolución del problema, aquí

entra la filosofía, disciplina en el que nos paramos por la formación y los propósitos de esta investigación. Para ello nos encontramos a MacIntyre y su propuesta de la degeneración de los conceptos morales contenida en su trabajo “Tras la virtud”

Esta obra es una crítica a la ética moderna y una defensa de una ética basada en las virtudes. MacIntyre argumenta que la moralidad contemporánea está en crisis debido a la falta de un marco conceptual coherente para evaluar la ética y bajo esa dinámica, esta estaría fragmentada y carecería de fundamentos sólidos para actuar, lo que generaría dificultades en la comprensión de lo que significa actuar moralmente. Para el inglés, es necesario un retorno a una ética de la virtud, en la que las virtudes morales sean entendidas como rasgos, como características que nos permiten vivir una vida plena, bajo la idea de que todos tenemos un propósito como seres humanos, muy en la lógica de que la virtud solo puede comprenderse dentro del contexto social, cultura y tradicional en el que estamos enmarcados en una tendencia muy aristotélica.

“Tras la virtud”, en esa medida, es sin duda un alegato, uno en el que se pretende mostrar que hoy, tanto la filosofía moral como la vida que se genera de esta es profundamente incoherente. El lenguaje de la moralidad se encuentra en un grave estado de desorden, se utilizan términos que no evocan lo mismo en el emisor y el receptor, la asociación a unos roles sociales está perdida, por lo que ya no hay una conexión íntima entre lo que esos términos representan y en cómo llegaron a consolidarse en la moral de los pueblos, no se es consciente de los procesos que llevaron a tales expresiones a encontrar un hogar en las sociedades, esta es la tesis de MacIntyre.

Partiendo de este punto y de la explicación del filósofo inglés a cómo los conceptos morales van perdiendo paulatinamente su concepción inicial y quedándonos únicamente en su

identificación del problema, además, tomando como guía metodológica la histórico-crítica, ya planteada por MacIntyre y su concepción de la narrativa como fuente de explicación, traeremos esta enmarcación moral a la política para explicar nuestra propuesta investigativa, concretada en la pregunta: ¿Cómo la propuesta de fracaso del ideal moderno de la teoría moral de MacIntyre sirve como herramienta explicativa para los antagonismos políticos que caracterizaron los inicios de la historia colombiana y que perduran hoy?

Desenvolviéndose entre la filosofía moral y política, explorando la rica historia política de Colombia a través de la pluma de la propuesta filosófica de Alasdair MacIntyre, se pretende comprender los intrincados antagonismos políticos que han caracterizado los primeros años de este país y sus años venideros. Partiendo de su diagnóstico, iniciado con su analogía de una sugerencia inquietante, el inglés ilumina la senda por la cual los fundamentos éticos se desdibujan con el tiempo, invitando a la reflexión sobre cómo los conceptos fundamentales pierden su esencia, generando una confusión que se refleja en el ámbito político venidero.

El paso del horizonte ético al horizonte político de nuestro referente conceptual resulta verdaderamente importante porque condiciona el marco donde estamos suscritos, ya que nuestra problemática es en esencia política, sin olvidar, por supuesto sus ramificaciones. En esa medida, nuestro referente habla en términos de lo moral como teórico, de las ideas que dan forma al comportamiento y las creencias colectivas, esta no se entiende desligadas del accionar humano, es decir, “cada fragmento de teoría y cada expresión de creencias es una acción moral y política” (MacIntyre, 1987, p. 86).

MacIntyre nos abre la posibilidad de hacer este salto, entendiendo que no debemos leer a la moral y a la política como fenómenos humanos aislados, ni como dos caras de una moneda en la que por un lado está la teoría y en otro la acción, es decir:

No debe existir dos historias, una de la acción política y otra de la teoría moral y política, porque no hubo dos pasados, el uno solo poblado de acciones y el otro solo por teorías. Cada acción es portadora y expresión de creencias y conceptos de mayor o menor carga teórica. (MacIntyre, 1987, p. 86)

Acercarnos al tema que se está investigando y enmarcarlo representa el primer horizonte que nos establece el bosquejo de lo que se pretende investigar, este trabajo captura una amplitud de temas, pero sus límites están en las categorías que focalizan los esfuerzos. La primera categoría, "antagonismos políticos", se centra en el núcleo del problema a investigar, siendo este la condición de la política en Colombia.

El concepto de "antagonismo políticos" es bastante amplio en sí mismo y puede conducir a interpretaciones diversas y enmarcaciones dispares. En un primer momento, al ser este un concepto compuesto, tenemos que revisar sus dimensiones. "El término "antagonismo" se define como "contrariedad, rivalidad, oposición sustancial o habitual, especialmente en doctrinas y opiniones" (Real Academia Española, s. f.), es decir, el antagonismo nos induce a la idea de lo contrario; por su parte, el término político, podemos definirlo, según el mismo diccionario de la RAE (s. f.), "como lo perteneciente o relativo a la política", ya sea entendido como doctrina o, en su defecto como actividad humana. El antagonismo político, en este primer bosquejo, haría referencia a la contrariedad u oposición que sucede en el escenario político.

Esta primera definición, aunque importante, poco nos dice, en términos de que nos deja con la misma intencionalidad ya esbozada por unas posibles nociones previas. En su lugar construiremos una noción que permita responder a las intencionalidades de este trabajo, permitiéndonos abordar la complejidad y las implicaciones de este concepto en la comprensión de las dinámicas sociales y políticas contemporánea.

Tomando como referencia las palabras de Retamozo & Stoessel (2014) se puede precisar que el antagonismo en el ámbito político “supone un estado de guerra latente y potente que impide el reconocimiento del otro en una misma comunidad o campo de representación” (p. 30), en esa medida, el antagonismo político va más allá de la rivalidad o la contrariedad inicial que podríamos suponer, sugiere un estado de negación del otro, que puede “surgir en cualquier lugar del espacio social, en diferentes puntos de la trama y bajo diferentes actos de subjetivación” (Retamozo & Stoessel, 2014, p. 28).

Para efecto de este trabajo consideraremos el antagonismo político como ese estado de conflicto y oposición sustancial que impide el reconocimiento mutuo dentro de una comunidad política, tendiendo a la negación del otro, de lo diferente y caracterizándose por ser un estado de guerra latente que obstaculiza la convivencia pacífica y la construcción de consensos políticos. En esta medida, si revisamos el diagnóstico que nos presenta MacIntyre (1987), un punto fundamental para entender el antagonismo es que “el desacuerdo, progresivamente se ha convertido en el rasgo más chocante del lenguaje moral contemporáneo y es el rasgo más sorprendente de los debates en los que esos desacuerdos se expresan es su carácter interminable” (p.19).

El desacuerdo moral, progresivamente se vuelve más intenso y la negación del otro un obstáculo. Si tenemos presente el salto de lo moral a lo político establecido por MacIntyre, lo político se fundaría en la distinción entre amigo o enemigo, es decir, en la capacidad de un grupo social para identificar y confrontar a un enemigo común. Carl Schmitt (1991) argumenta que la esencia de lo político radica en la existencia de una relación de confrontación entre grupos o entidades que se perciben mutuamente como enemigos y esa lógica, no se puede dar fuera de lo que se conoce como Estado. La esencia de lo político radicaría, entonces, en la existencia de una

relación de confrontación entre grupos o entidades que se perciben mutuamente como enemigos y eso, en gran medida, no se puede dar fuera de lo que se conoce como Estado.

En esta medida, lo político, si vamos más allá de la relación con lo institucional, tal y como dice Carl Schmitt (1991), “extrae su fuerza de los ámbitos más diversos de la vida humana, de antagonismo políticos, religiosos, económicos, morales, etc” (p, 68). Lo que nos conduce a que cualquier antagonismo se transforme en la oposición que vivimos hoy.

En esta investigación nos sumergiremos en la historia de Colombia, entendiéndola como ese conjunto de procesos que han marcado el devenir histórico de la República, desde los acontecimientos cronológicos hasta los aspectos singulares que han impactado su desarrollo, comprendemos que ese es el contexto en el que tenemos que rastrear los antagonismo e intentar, partiendo de los hechos, comprender cómo se han configurado. Este marco se da porque este es el país de nuestra investigación, este es el lugar donde ocurren los hechos y es en su recorrido histórico donde podemos evidenciar el problema; sin embargo, para entender la dinámica que estamos investigando tenemos que ir más allá de los hechos, tenemos que analizar sus orígenes y visualizar sus consecuencias. Precisamente allí entran las categorías de "ideal moderno" y "emotivismo", definidas en la obra de Alasdair MacIntyre titulada “Tras la virtud”.

Acerca del “ideal moderno” y “el emotivismo” es mucho lo que se puede decir, por ser términos utilizados en distintas áreas de la filosofía y trabajadas por diferentes autores durante siglos, nosotros tomamos la definiciones presentadas por MacIntyre.

Cuando MacIntyre habla del “ideal moderno” se refiere a una actitud frente a una condición histórica ampliamente trabajada, a esa distinción expresada en la diferencia entre el humano “cómo es” y “cómo podría ser” si realizara su telos. El inglés dice lo siguiente:

Lo que antes escogí como distintivo de la postura moderna era, por supuesto, que la misma se plantea el debate moral como confrontación entre las premisas morales incompatibles e inconmensurables y los mandatos morales como expresión de una preferencia sin criterios entre esas premisas, de un tipo de preferencia para la que no se puede dar justificación racional. (MacIntyre, 1987, p. 60)

El "ideal moderno" se entiende como esa tendencia a abordar el debate moral como confrontación entre premisas morales incompatibles e inconmensurables, con mandatos morales expresados como preferencias sin criterios racionales justificables. En esa medida, cuando hablamos de ideal moderno, nos referimos a la tendencia que pretendió fundar las bases de la filosofía y la cultura global en lo preferible, en lo racionalmente obvio, pero que descuidó la revisión del origen de esas premisas y, en esa medida, les borro su contexto y su posibilidad de justificación, intentando establecer una racionalidad de la moral de manera ahistórica y descontextualizada.

Esta tendencia, paulatinamente, conducirá al "emotivismo", la otra categoría utilizada por MacIntyre y que para él es la consecuencia del ideal moderno. El emotivismo no es otra cosa que la doctrina según la cual los juicios de valor, especialmente los morales, son simplemente expresiones de preferencias o actitudes emotivas.

MacIntyre (1987) define al emotivismo como "doctrina según la cual los juicios de valor, y más específicamente los juicios morales, no son nada más que expresiones de preferencias, expresiones de actitudes o sentimientos, en la medida en que éstos posean un carácter moral o valorativo" (p. 26). Para el inglés:

Si la teoría emotivista, así interpretada, fuera correcta, podríamos deducir que el significado de las expresiones morales y su uso son, o por lo menos han llegado a ser,

radicalmente discrepantes entre sí. Significado y uso estarían de tal suerte reñidos que el significado tendría a ocultar el uso. Oír lo que dijese alguien no sería suficiente para inferir lo que hizo, si al hablar emitió un juicio moral. Además, el propio agente podría estar entre aquellos para quienes el significado ocultaría el uso. Podría estar perfectamente seguro, precisamente por ser consciente del significado de las palabras usadas, de estar apelando a criterios independientes e impersonales, cuando en realidad no estaría sino participando sus sentimientos a otros en una manera manipuladora.

(MacIntyre, 1987, p. 28-29)

El emotivismo en esa medida se instalaría paulatinamente, con fallas identificables. En un primer momento es una ambigüedad, que rápidamente se vuelve persistente, ya no se puede distinguir con claridad el fundamento de una afirmación, los límites se desdibujan y, en esa medida, no hay diferencia entre las preferencias personales y las expresiones valorativas, por lo tanto, el sentido y la referencia se pierden. Y si tratamos las consecuencias del emotivismo en su condición histórica, tal y como dice MacIntyre (1987):

El emotivismo es la respuesta a la conjunción histórica concreta de una teoría moral intuicionista con el ejercicio de un juicio moral en particular, podemos entender sus pretensiones, no como tesis acerca del significado intemporal de las proposiciones empleadas en los juicios morales (tesis poco plausible), sino, lo que es más importante, como una tesis empírica sobre el uso y la función de los juicios morales en un abanico más o menos amplio de situaciones históricas. (p.330)

Estas categorías proporcionan el marco para abordar el problema de investigación, guiado por la filosofía de MacIntyre. El camino que tomaremos en este trabajo parte de identificar la propuesta de MacIntyre a la que nos estamos acoplando, por lo que es necesario realizar un breve

acercamiento a su persona y a su obra siendo estos el punto desde el cual nos vamos a parar; en este camino es fundamental aterrizar la propuesta a Colombia y, por tanto, retrayendo nuestro trabajo a las realidades políticas foco de esta investigación, por lo que la relación con la literatura existente resulta esencial en la construcción documental y en el desarrollo del problema.

Por un tema de practicidad, nos remontaremos, sin excluir épocas posteriores, a los primeros años de la época republicana, concretamente a los tiempos de Santander y Bolívar, época donde el relato que unió diferentes segmentos de la población, con la idea de “liberación del yugo español” paulatinamente perdió su sentido como relato unificador, siendo generalizada la necesidad de nuevos valores y nuevos relatos que aglutinaran a la población y, a su vez, siendo este el primer gran antagonismo político posterior a la independencia. Ya lo dice Berrio (2011):

La usurpación se convirtió en el gran relato fundacional sobre el cual se cimentó la nación. Esto les permitió a los dirigentes criollos argumentar su derecho a la libre autodeterminación por fuera del control de la Corona española, y la fuerza del relato les permitía obtener el apoyo de un nuevo ciudadano quien tenía una serie de derechos que habían sido arrebatados por el conquistador español. (p. 91)

La “usurpación” aunque fue un relato poderoso para generar unidad, paulatinamente perdió su elemento aglutinante, porque con la independencia lograda, los diferentes grupos que se habían juntado contra un enemigo superior se enfocaron, rápidamente, en sus intereses. Santander y Bolívar, en esa medida, se convertirán en figuras aglutinantes de esas nuevas ideas y valores, de esos nuevos intereses para diferentes sectores.

Cabe hacer la claridad, hay que decirlo, sus figuras son, en buena medida, solo una imagen de un conjunto de valores que paulatinamente se configurarían. Tal y como expresa Berrio (2011) “si entendemos desde los Estudios de Mitología Arquetípica de Joseph Campbell,

que los héroes antes de ser personajes históricos son en realidad la personificación de los valores de una sociedad, resulta mucho más claro este hecho” (p. 88).

De esta manera, tomando como referencias la histórica política colombiana, fuente general del lugar en el que estamos enmarcados, y a su vez, rastreando los precedentes que han configurado la política colombiana, tomándolos y relacionándonos con la propuesta de MacIntyre, este trabajo nos permite trazar un análisis de los antagonismos sin perder de vista la riqueza y la complejidad de la historia política colombiana.

Metodología

El camino que guiará esta investigación, con el propósito de desvelar la explicación que nos trazamos como meta, tiene su base en MacIntyre y, en esa misma medida, en la propuesta a la que nos los liga la pregunta. Si tenemos presente que este trabajo se mueve en la lógica de “identificar y describir la moral perdida del pasado y evaluar sus pretensiones de objetividad y autoridad; ésta es una tarea en parte histórica y en parte filosófica” (MacIntyre, 1987, p. 39).

En esa medida, la metodología que se utilizará será el método histórico-crítica siendo este el que nos acompañará al momento de dar los pasos en nuestro desarrollo, siendo un soporte de nuestra palabras y guía de nuestras lecturas. Esta metodología de investigación va más allá del estricto documentalismo erudito, no plantea la historia como una simple revisión, es un volver, no es una narración del pasado, es una construcción de la “conciencia crítica” que revisa y contextualiza los orígenes mismos de esa sucesión de hechos.

Este enfoque nos posibilita rastrear y comparar, ejercicio fundamental si queremos hallar los cambios que se han producido con el acontecer de los años y los contextos sociales que influyen la dirección del Estado. Además, si tenemos presente que MacIntyre (1987) nos dice

que “es fácil ver que las diversas premisas conceptualmente inconmensurables de las argumentaciones rivales que en esos debates se despliegan tienen una amplia variedad de orígenes históricos” (p. 24), la idoneidad de esta metodología permite, entre otras cosas, acercarnos al problema del antagonismo político en Colombia desde sus mismo orígenes, sin limitarnos al mero recuento documental que es importante, pero es limitado.

Y es que tal y como dice Filippi (2021) “la única tarea de la historia es el comprender y hacer comprensible, mientras que la filosofía debe elegir; y aplicarse a la historia en busca de razones para hacer una elección ya no es hacer historia, ello es filosofía” (p.15). En esa medida, el método histórico-crítico:

Consiste en encontrar el adecuado equilibrio entre las marcas propias del contexto cultural en el que se gesta una determinada doctrina filosófica y el reconocimiento de aquellos ingredientes que trascienden la época y permiten el diálogo con las teorías formuladas en el pasado y, claro está, su recepción, comprensión y reformulación.” (Filippi, 2021, p.11)

Muchas veces, olvidamos que “las empresas teóricas y filosóficas, sus éxitos y fracasos, influyen en la historia más de lo que creen por lo general los historiadores convencionales” (MacIntyre, 1987, p. 332). Este ejercicio histórico y comparativo se realiza con el fin de vislumbrar los cambios que han tenido esas ideas y, en esa medida, justificar porque proponemos que hay una degeneración de los conceptos y que podemos tomar a MacIntyre para realizar una lectura de esas circunstancias. Por supuesto, también se tendrá en cuenta en este ejercicio aspectos formales como el ideal de los nacientes estados modernos o los contextos políticos y sociales, abarcando cómo aquellos ideales fueron decayendo, acercándonos el rostro real y el rostro formal de la historia, en un enfoque cualitativo.

Capítulo II. Acercamiento a MacIntyre y su Obra: Aplicabilidad de la Propuesta de MacIntyre en el Análisis Político

Historia Intelectual de MacIntyre

La ética tal y como se entendió en la modernidad está en crisis, se ha intentado establecer un discurso que acompañe el desarrollo humano en las dinámicas del mundo contemporáneo, aunque esta tarea resulta compleja. En el intento de pasar página de las tragedias de la primera mitad del siglo XX las discusiones sobre la moralidad (el bien, el mal, la justicia y otros conceptos relacionados) se instalaron en el ámbito público, con la esperanza de determinar cómo deberíamos actuar con los otros y con el mundo que nos rodea, es decir, con ética.

Fue un intento por todos los medios de no caer en los impulsos, las barbaries y las prácticas que tanto se aborrecieron y provocaron tantas dificultades, en el auge de eso que todos llamaron el actuar ético, diferentes voces se empezaron a escuchar. Nos encontraremos llamados de intelectuales, comunidades religiosas, políticos de todas las corrientes e incluso en la cotidianidad voces individuales se empezaron a escuchar como ecos de los grandes discursos. Estas voces estaban cargadas de ideas, consecuencia del impulso moderno y, como era de esperarse, las propuestas eran muy dispares, pero se concretaron en dos corrientes: liberales y tradicionalistas.

Es en este contexto, en el que se insta por todos los medios a tener un actuar más ético con los otros y el mundo, donde las preguntas: ¿qué quiere decir eso de ética? ¿hacia dónde debe dirigirse? ¿Cuáles son sus puntos claves? ¿Qué principios determinarán el futuro? Empiezan a necesitar respuestas. La humanidad quería tener un horizonte, pero encontraba tantos que difícilmente podía dar un paso antes de que le gritaran que ese no era el camino; sin embargo,

precisamente fue esta tendencia al poco consenso, a la supremacía del individuo frente a una comunidad que no se pone de acuerdo, la que se convirtió en el parámetro para el actuar ético.

Esta es más o menos la historia que nos cuenta Gonzales (2006) en su libro “Una biografía intelectual de Alasdair MacIntyre ” para explicarnos cómo surgió una voz entre estas dificultades, una voz que no llegó para decir cuál era el camino, sino, para mostrar precisamente porque existía tal dificultad, esta voz fue la del profesor Alasdair Chalmers MacIntyre y su historia es por lo menos curiosa, pero por los límites de este trabajo, solo se puede presentar una breve semblanza.

MacIntyre nació en Glasgow, Escocia, el 12 de enero de 1929. Es un filósofo que ha ocupado los salones de las universidades más importantes del planeta y en el ámbito internacional es conocido por sus contribuciones a la filosofía moral y política, aunque también se ha desempeñado en campos como la historia de la filosofía o la teología. Su pensamiento está ligado de manera íntima con su propia vida, desde su infancia hasta su etapa académica en diferentes partes del globo.

Pretendiendo construir una cronología de su obra, se nos hace necesario retroceder a uno de los relatos sobre su infancia, donde aparecerán elementos importantes de su crítica posterior, uno de ellos es el de “tradicición” que tal y como se expuso al hablar sobre el contexto en el que se enmarca su pensamiento, es un concepto importante en las discusiones sobre la moral. Al hablar de esa primera infancia se cuenta:

Mi imaginario de niño se nutrió ante todo de una cultura oral celta...una cultura en medida ya perdida, pero a la cual sentían pertenecer todavía algunos ancianos con los cuales estuve en contacto. Los hechos importantes de esta cultura eran algunas formas de lealtad y el nexa de los padres y la tierra. Ser justo significaba desempeñar el papel al

cual cada uno había sido asignado por la comunidad local. La identidad deriva del puesto que el individuo ocupaba en la comunidad, en los conflictos causados por sus acciones incorrectas que, en el tiempo de mi infancia, eran definidos ya como historia personal. El concepto que uno se formaba del individuo coincidía con las historias que de él se alcanzaban a relatar. (Gonzales, 2006, pp. 9-10)

Este imaginario de los primeros años tendrá un lugar importante en su propuesta comunitarista. Los elementos de la identidad según su puesto en la comunidad, la idea del individuo que se forma según los relatos que sus pares y posteriores realizan de él y, en buena medida, la idea de repensar lo que es ser justo, sobrepasando el marco de acción directo del individuo, serán factores que encontraremos como ecos en su madurez filosófica.

En esta etapa receptiva, misma que marcó su vida, inicia su formación profesional en la Institución Queen Mary, de la Universidad de Londres. Esta formación le abrió el camino a los clásicos por la formación en latín y griego que allí se dictaba, sumándole la influencia del profesor George Thomson, que reafirmaron su interés por la tradición y por el esplendor de la cultura clásica, hecho que generará inclinaciones duraderas.

Años después obtuvo el Master of Arts de las Universidades de Mánchester y Oxford, posteriormente, en el año de 1949 obtiene el doctorado en filosofía por su disertación “The significance of moral judgments.” Su formación anglosajona le permitió acercarse a los fundamentos y métodos de la filosofía analítica, misma que si bien trabajó por su minuciosidad en los detalles y los problemas, le resultaría insuficiente y lo motivaría a intentar crearse su propio camino, su propio método para pensar los problemas.

Su trayectoria profesional inició en el año de 1951 como docente de la Universidad Manchester y constituye el primer periodo intelectual de su vida, en esta década ocupó la plaza

de docente en las universidades Leeds, Essex y Oxford en el Reino Unido, enseñando filosofía de la religión en su alma mater y cursos de sociología y filosofía en las otras universidades. Este primer periodo es de muchas ideas, nuevas organizaciones y nuevos problemas. Años después se nos cuenta ese periodo de la siguiente forma: “ahora aparecen como una visión retrospectiva, como heterogéneas, mal organizadas, algunas veces fragmentadas y a menudo frustrantes de las cuales finalmente aprendí mucho” (Gonzales, 2006, pp. 9-10).

Esta primera etapa estará marcada por un alejamiento de sus ideas previas, abandonará su marxismo, la primera gran corriente filosófica que lo motivó en su juventud; abandonará en buena medida su formación en las formas de hacer filosofía de los analíticos y abandonará Reino Unido, pronto acabaron estos primeros años e inició un nuevo periodo de su vida al migrar a los EE. UU.

En 1969 se trasladó permanentemente al país norteamericano a dictar el curso de historia de las ideas en la Universidad de Brandeis, en Walthman, Massachussets. En ese país ha enseñado o dirigido en diversas universidades, algunas de ellas son la Universidad de Boston, Universidad de Yale y Universidad de Notre Dame. Esta etapa en tierras lejanas le permitirá la madurez que desembocará en sus trabajos más importantes, así se nos cuenta que este se expresa sobre este segundo momento de su vida intelectual:

Poco después de haber emigrado a los Estados Unidos y hasta 1977 estuve en un periodo interino de reflexión autocrítica, fortalecida por la atracción de conceptos de muy diversas perspectivas sobre la filosofía moral. Desde 1977 en adelante, he estado comprometido con un solo proyecto en el cual “After Virtue”, “Whose Justice? Which Rationality?” y “Three rival versions of moral enquiry” son centrales, en un proyecto

descrito por uno de mis colegas como “una interminable y larga historia de la ética.”

(Gonzales Pérez, 2006, pp. 9-10)

Tras la Virtud

Esta historia sobre la ética inicia en 1981, con su primera obra de madurez filosófica titulada, en idioma original, *After Virtue*, traducida al español como *Tras la Virtud*. Aquel relato crítico inició el camino sobre una valoración ética de la modernidad, punto clave de la presentación de MacIntyre al estrellato intelectual internacional. Mucho se ha conversado sobre si valorar su propuesta como una crítica necesaria desde el horizonte aristotélico-tomista o si se debe ir más allá y ver en ella un realismo práctico, la discusión sigue abierta, pero aquí nos inclinaremos por el segundo caso.

Esta obra explica los desacuerdos morales de carácter interminable que se presentan en la cultura contemporánea, manifestando que el núcleo de este problema es la inconmensurabilidad conceptual entre las argumentaciones que ya han perdido su conexión con el contexto histórico en el que surgieron y provocan una fuerte tendencia al individualismo. El desentenderse, el llamado desacuerdo de la historia y el individualismo es lo que llevará al fracaso del proyecto moral planteado por el pensamiento moderno, la pérdida de sentido histórico generará una degeneración de los valores y, en esa misma medida, el fundamento de la moralidad se reducirá a un emotivismo que en últimas se vuelve un expresivismo.

No hay que olvidarlo, en la historia de las ideas, campo especial del estudio de la cultura que tiene como propósito el examen de la mente humana en su historia y contexto, los preceptos morales siempre intentaron encontrar un fundamento. En la época anterior, aquel fundamento se pensó que sería la referencia a la razón que se extendió tan ampliamente en los movimientos culturales, políticos y sociales fruto de las ideas modernas, aun así:

La progresiva pérdida de referencia a la razón, a la ley divina y a la teleología, hará que los preceptos morales queden ayunos de justificación, a pesar de los intentos de refundación de filósofos modernos como Hume, Diderot, Kant o Kierkegaard. (Bello & Giménez, 2018, p. 269)

No se puede olvidar que los movimientos intelectuales se transforman y tienen voz en la historia del mundo por su influencia en la vida de los hombres. La organización actual de la sociedad y, en buena medida, las bases de cómo se debería actuar, sumándole a esto el aparato vertebral de la vida política, social y cultural tienen su origen en los fundamentos de progreso, libertad, razón y demás conceptos proclamados por la modernidad, que en su estado más nuclear, tienen una forma de pensar que tiende a una finalidad proclamada como el perfeccionamiento del hombre, sin embargo, como afirman Bello & Giménez, (2018) “sin teleología y en ausencia de lo que MacIntyre llama “conceptos funcionales”, la Modernidad acaba cayendo en algún tipo de falacia naturalista y sus juicios éticos dejan de ser verdaderos o falsos” (p. 269).

Sin una justificación moral que se convierta en el centro de la racionalidad contemporánea, los denominados debates éticos en los que se encontraba el mundo después de la II Guerra mundial se convertirán en meros enfrentamientos entre preferencias, actitudes y sentimientos individuales. En este caso los argumentos no tendrían la suficiente fuerza para primar por sí mismos y todo se reduce a la ley del más fuerte, es decir, al que mejor manipula las emociones de los demás individuos para que piensen y actúen como él considera que se debe hacer. Estamos frente a un escenario donde el criterio de verdad para la actuación está totalmente borrado.

Para entender cómo llegamos a estas dificultades es necesario revisar la modernidad, según MacIntyre, punto de partida del problema. Podríamos decir que estamos en una sociedad

censurada que intenta, por todos los medios, recuperar su conocimiento perdido pero que en último término, siempre queda corto frente a los ideales originales. Este es el estado en que se encuentra la modernidad frente a la moral.

Estas denuncias están cargadas de otros autores, la influencia de Nietzsche no se hará esperar, si bien el filósofo británico rechaza las respuestas del alemán, si considera que este se hizo las preguntas correctas al cuestionar el sistema moral que heredamos. Al contrario del maestro de la sospecha, en esta historia de la ética se desechará las pretensiones de la individualidad y se propone volver a pensarnos en comunidad, con las virtudes propias enunciadas por Aristóteles y ampliadas por el tomismo. “What matters...is the construction of local forms of community within which civility and the intellectual and moral life can be sustained through the new dark ages which are already upon us” (Casey, 1983, p. 297)

Esta obra, que someramente intentamos resumir en sus puntos clave, es la que tomaremos como base conceptual de nuestro trabajo y la que nos permitirá entender y cuestionar los fundamentos de las repúblicas modernas como es el caso de Colombia, y a su vez, nos dará importantes herramientas para entender las discrepancias y analizar los discursos, para ello debemos profundizar en el ideal moderno y en las consecuencias de degeneración moral y emotivista que según MacIntyre ha provocado.

Ideal Moderno: El Proyecto de Justificación Ilustrada

Para MacIntyre lo que se denominará el ideal moderno es una distinción expresada en la diferencia entre el humano “cómo es” y “cómo podría ser” si realizara su *telos*. Los ilustrados rechazaron la naturaleza “tal como es” y solo se enfocaron en “cómo debía ser”, construyeron teorías, hablaron sobre el hombre y la sociedad, todo esto colocando diferentes *telos*: felicidad,

bien común, libertad. Esta forma de trabajo si bien tuvo buenos resultados para las épocas posteriores, también es la madre de muchas dificultades, principalmente porque su objetivo es esclarecer el origen de la moralidad. El problema no es buscar ser feliz, es pensar que eso es lo único importante.

Esta disrupción en la forma de pensar del hombre, tiene la particularidad que al momento de construir una antropología, una moral y una política no se tiene un fundamento claro que respalde de forma precisa ese intento de llegar al deber ser, es decir, siguiendo a MacIntyre, el trabajo se edificó sin tener en cuenta que les faltaba un fundamento y si bien quisieron utilizar a la razón, esto no fue suficiente para que el edificio hecho por ellos empezara a agrietarse hasta ocurrir la degeneración que se vive hoy.

La moral tal como se entiende en estos días, terminológicamente era nueva para la época, el mismo británico nos dice que si bien existía una claridad en la moral entendida en su aspecto legal y teológico, no existía en el estético, es decir, en lo que se consideraba buenas virtudes. La dificultad de este nuevo camino la vislumbraron autores como Diderot o Søren Kierkegaard, ya que estos notaran que entre las opciones ética y estética, “no es decidir entre el bien y el mal, es la opción sobre si escoger en términos del bien y el mal” (MacIntyre, 1987, p. 61).

El proyecto de justificación moral hecho por los modernos pretendió fundarse precisamente en aquella idea de buenas virtudes que incluso para el momento histórico era difusa, por lo que las propuestas no se hicieron esperar, pero estas no hablaban de la naturaleza del hombre, sino que parten de que este busca dirigirse hacia lo ético, aunque no lo conozca, es decir que esta forma de vida ética es adaptada a la sociedad, generando, tal y como lo dice MacIntyre, que el cuestionamiento de cómo nos sentimos resulte irrelevante a la pregunta de cómo se debe vivir.

Esta idea de justificarse en un ideal imaginario, tiene su expresión en aquel alegato de lo preferible que no necesita justificación porque todos tendemos a ello, ejemplos de esta tendencia se encuentra en muchos autores, uno de los más destacados, por ejemplo, es Kant y si revisamos la construcción o el intento hecho por los modernos para constituir una moral, su pretensión es la de ser la más elevada, es decir, “ser secular, universal, limitadora de los deseos individuales, abstracta y superior a otras “morales”” (Bello & Giménez, 2018, p. 269).

Otra de las dificultades en la moralidad del ideal moderno se da desde su propia autocomprensión, es decir, no se preguntan sobre su propia condición histórica, dejan de lado la configuración que el tiempo ha hecho en los términos que van a emplear, por lo que al desprenderse de aquellos elementos, dejan sin fundamento su propuesta que, aunque es útil, para nuestro autor no dejará de ser una ficción filosófica para salvar lo injustificado.

Fracaso del Proyecto Ilustrado: La Degeneración de los Conceptos Morales

El fracaso de la modernidad, es decir, del proyecto del siglo XVIII se da en resumidas cuentas por dos motivos: el primero, es el despojar al hombre de una naturaleza esencial, fundando un discurso que supone el imaginario de lo preferible en el actuar moral; si a eso le sumamos el desconocimiento y la utilización de unos conceptos heredados que en su tradición ya tiene características difusas e incoherentes entre sí, ambos elementos en su conjunto provocarán una degeneración en los conceptos morales que se expresará posteriormente en la sociedad como un emotivismo moral.

Si rastreamos en la obra, se puede notar que nuestro autor es enfático con ello, al ser este el punto de partida de las consecuencias que hoy se están denunciando, así expresará MacIntyre (1987) las raíces de esta dificultad:

Hasta el presente, en el lenguaje coloquial, persiste el hábito de hablar de los juicios morales como verdaderos o falsos; pero la pregunta de en virtud de qué un juicio moral concreto es verdadero o falso ha llegado a carecer de cualquier respuesta clara. Que esto sea así es perfectamente inteligible si la hipótesis histórica que he apuntado es verdadera: que los juicios morales son supervivientes lingüísticos de las prácticas del teísmo clásico, que han perdido el contexto de que estas prácticas los proveían. En ese contexto, los juicios morales eran a la vez hipotéticos y categóricos. Eran hipotéticos, puesto que expresaban un juicio sobre la conducta teleológicamente apropiada de un ser humano: “debes hacer esto y esto dado que tu telos es tal o tal” o quizá “debes hacer esto y esto si no quieres que tus deseos esenciales se frustren”. Eran categóricos, puesto que señalaban los cometidos de la ley universal ordenada por Dios: “debes hacer esto y esto; esto es lo que ordena la ley de Dios.” Pero extraigamos de ellos aquello en virtud de lo que eran hipotéticos y aquello en virtud de lo que eran categóricos y ¿qué nos queda? Los juicios morales pierden todo su estatus claro y paralelamente las sentencias que los expresan pierden todo significado indiscutible. Tales sentencias se convierten: primero en formas de expresión útiles para un yo emotivista, que al perder la guía del contexto en que estuvieron insertadas originariamente, ha perdido su sentido lingüístico como práctica en el mundo. (pp. 84-85)

Revisando, notaremos que hoy la moral y el emotivismo son un mismo fenómeno que se manifiesta de diferentes formas, pero que termina convirtiéndose en fenómenos paralelos. El emotivismo se aprovecha de las limitaciones de justificación que tiene la moral para validarse en los discursos actuales, esto es lo que nos propone nuestro autor de cabecera.

En este contexto es necesario traer un nuevo elemento, que como se mencionó al conocer la historia intelectual de MacIntyre, fue introducido en su vida a una edad muy temprana, este es el de roles en la sociedad. El rol es un elemento importante en este diagnóstico de la moralidad, porque este es el que vincula al hombre con un propósito y, en esa medida, con un *telos*. Los hombres se han entendido según su funcionalidad, es decir, con el papel que están ejerciendo en la sociedad o si sus actos responden al *telos*, es decir, si funcionan respecto al marco común establecido. Esta distinción entre lo funcional y lo valorativo va más allá de la consideración de MacIntyre o Aristóteles, es el trasfondo de los términos que posteriormente van a utilizar para hablar de la moral los ilustrados dieciochescos.

Los seres humanos han generados conceptos según su funcionalidad y en lo ético se evidencia con mucha más fuerza este hecho, cuando se dice que alguien es bueno se lo dice respondiendo a la correspondencia entre sus actos y la idea, es decir, la valoración se da porque sirve a un propósito. Los hombres han buscado su realizaciones en la medida “de lo que son” y “no en lo que deberían ser”, cambiar este hecho genera que al momento de entender las verdades lógicas con las que clarificamos los hechos se pierda gran parte del sentido, porque las conclusiones sobre “X” o “Y” que se desprenden de un juicio funcional pueden o no ser las mismas que se realizan al momento de un juicio valorativo, esto en razón de que el criterio de clasificación no es el mismo.

En este orden de ideas, no es equivalente, por ejemplo, juzgar lo bueno de un reloj porque da la hora a juzgarlo como bueno porque es físicamente llamativo y tiene un peso adecuado para no cansar la mano. En el primer caso el criterio es claro, simplemente se le exige que de la hora; en el segundo saltan las preguntas ¿cuál es el criterio de algo físicamente llamativo? ¿Cuál es el peso adecuado? La valoración dependerá del sujeto que juzga, en la funcionalidad no es así.

Conociendo este hecho se ve que no se puede tener un criterio claro en el juicio estético y de forma análoga sucede con la moral, si ponemos el fundamento del juicio en el individuo, las valoraciones serán tan amplias como el número de ellos que consultemos.

Al trasladar esta concepción al entendimiento del hombre, nos damos cuenta que al juzgar un acto como malo o bueno se hace en la medida que esto le sirve a la sociedad, en la medida en que se responde a la funcionalidad y de esta forma se clasifica en una orilla u otra; esta consideración funcional, sin embargo, es posible solamente en la medida en que se tiene un fundamento claro, es decir, la base que constituye a lo que se quiere llegar está suficientemente establecida.

Cuando el proyecto del siglo XVIII pretendió borrar la idea de naturaleza humana y pensar en el “deber ser” para llegar a “cómo se debería ser”, pasaron a ejercer un juicio moral de carácter estético, en el que se quería constituir unas buenas virtudes, realizando juicios morales de carácter valorativo que responden a elementos funcionales, por lo que al momento de llegar a las mismas conclusiones en el actuar moral la unidad se perdió y, en esa medida, la posibilidad de cualquier justificación.

Los términos morales claves, en esta lógica ilustrada, no responderán a un solo llamado cuando los traigamos a nuestros discursos, lo que se traduce en un expresivismo, que intentará hacerse pasar por la moral. Este estará movido por la emocionalidad propia, que depende de la valoración del mundo de cada uno, de sus propias consideraciones y al no verse impedida por una naturaleza humana, ni por un entendimiento claro de los conceptos a utilizar, la degeneración estará a la orden del día, provocando, según MacIntyre, que los conceptos y razonamientos morales cambien radicalmente de carácter al realizar un rastreo de ellos, siendo esta historia,

hasta aquí relatada, la esencia de las interminables discusiones de nuestra época en términos culturales, morales y políticos.

La Moral y La Política, un Mismo Fenómeno

Hasta el momento hemos plantado la base de la discusión que nos ocupa, dándole un soporte teórico a nuestro análisis, en la medida en que hemos planteado el horizonte teórico en el que está nuestro autor, esto con el fin de tener un precedente suficiente que nos permita desarrollar los objetivos propuestos. Sin embargo, hasta el momento nos hemos movido en el plano moral y, por la naturaleza de nuestro trabajo, es necesario pararnos desde una perspectiva política.

El debate sobre si se debe entender a la política atada a la moral o si estas son manifestaciones humanas independientes está en cualquier intento de dar explicaciones sobre los acontecimientos políticos, precisamente por ello, es necesario establecer desde qué enfoque se está ubicando el autor.

MacIntyre nos abre la posibilidad de hacer este salto, entendiendo que no debemos leer a la moral y a la política como fenómenos humanos aislados, ni como dos caras de una moneda en la que por un lado está la teoría y en otro la acción, es decir:

No debe existir dos historias, una de la acción política y otra de la teoría moral y política, porque no hubo dos pasados, el uno solo poblado de acciones y el otro solo por teorías.

Cada acción es portadora y expresión de creencias y conceptos de mayor o menor carga teórica. (MacIntyre, 1987, p. 86)

En esta medida debemos entender que cuando recurrimos a las ideas que han dado forma a la historia y a su ejercicio en las voces del poder, concretamente, en la voz de los políticos, tenemos que saber que sus acciones están inspiradas en una idiosincrasia con tinte moral, es

decir, que esta tiene una carga significativa suficiente para que sea el filtro de sus juicios valorativos y el fundamento de sus acciones en el mundo o, por lo menos, el justificante en sus discursos.

En este marco conceptual al que el autor nos encamina y en la medida que intentemos rastrear los fundamentos que han dado soporte a nuestro actuar social, notaremos que “cada fragmento de teoría y cada expresión de creencias es un acción moral y política” (MacIntyre, 1987, p. 61), esto se da porque en el intento de leer ese acuerdo de reglas de convivencia para formar pactos llamados Constitución, se propone integrar y organizar los acuerdos que rigen a la sociedad. Todas nuestras interpretaciones tendrán una carga moral significativa por ser un producto humano analizado por humanos, en esa medida, lo que hoy consideramos base de la acción jurídica, política y social, está cargado de elementos introducidos e interpretados, en muchos momento, por la moral.

En la lectura de MacIntyre de Bello & Giménez, (2018) “La moral sirve como instrumento para que todo el sistema siga funcionando con cierta estabilidad, pero no se puede justificar dentro del sistema” (p. 269). Esto se produce, precisamente por los elementos de inestabilidad que tiene el ideal moderno en su mismo origen. En esa medida, las construcciones políticas fundamentadas en el ideal moderno tienen las mismas consecuencias de fracaso antes expuestas y, como veremos, Colombia, país que en su origen trae los elementos y premisas del proyecto ilustrado, no estará exenta de ello.

En este primer escenario la propuesta de MacIntyre está enfocada en evidenciar las dificultades que tiene el intento de interpretar el lenguaje moral como meras expresiones de aprobación y desaprobación, si bien el análisis lógico de los discursos posee elementos importantes, no es suficiente para dar cuenta de lo vivido y de los elementos circunstanciales que

se encuentran en su degeneración. En otras palabras, “so to understand emotivism it is not sufficient to grasp the arguments to produced for it by analytical philosophers; it is also necessary to know something about history, including the history of philopshy, and the history of moral concepts” (Casey, 1983, p. 297).

Por ello, si queremos traer a MacIntyre al contexto colombiano para generar alguna explicación, debemos entender la historia de este país, es necesario conocer su desarrollo y en esa medida aplicar la metodología dada por el británico, intentando por la vía narrativa generar conexiones que den cuenta de esos cambios y para ello es necesario, por lo menos, una breve historiografía de Colombia.

Capítulo III: Ideal del Estado en Colombia

Orígenes del Estado Moderno

Las primeras semillas del Estado moderno, tal y como entendemos el término hoy, tuvo diferentes focos a nivel mundial, producto de las circunstancias sociales, económicas, culturales y políticas, aunque el primer rastreo que podemos dar del mismo se encuentra en Europa. ¿Qué provocó el tránsito de una forma de organización medieval a una concepción moderna que se denominará Estado? Para ello tenemos que revisar las circunstancias que estaban presentes y, en esa misma medida, realizar una lectura con las transformaciones conceptuales que se daban a la par del momento histórico.

¿De dónde viene el concepto de Estado? La idea moderna de Estado se presenta como manifestación histórica desde la época del renacimiento italiano y, de manera lenta pero progresiva, fue convirtiéndose en la regla y forma de organización que paulatinamente adoptarán las organizaciones humanas desde el siglo XVI para darle una dirección adecuada al contexto político del mundo.

Si queremos hacer un rastreo del término, podemos remitirnos al Renacimiento, “cuando en la ciudad italiana de Florencia, gobierna Lorenzo Medici, el “magnífico”, y en ella se encuentra en pleno auge el renacimiento, entonces la palabra “*stato*”, es receptado por un ex secretario del consejo de los Diez, Nicolas Maquiavelo” (Arlotti, 2007, p. 216). Maquiavelo no inventa el término, pero si leemos la atmósfera que se encuentra en esta época, podemos notar que al acuñar este lo que está haciendo es realizar una lectura de una sociedad en transformación, una que, según palabras de Arlotti (2007) “proclama su preferencia por la vida activa: la edad del “homo faber” cuya pretensión es manipular, sintiendo que su mano es capaz de crear una

“segunda naturaleza””(p. 220), misma que en toda Europa se denominará Estado como esa mano que todo lo puede lograr.

El término *state*, si realizamos un análisis gramatical y semántico, proviene del verbo latino *stō*, que puede traducirse como estar de pie o estar fijo. Trayendo este recorrido a los fines que nos interesan, podemos decir que, si bien este término fue adoptado en diferentes lenguas y en el léxico político tienen otros usos, “la palabra Estado, según su propia definición es una cosa firme, estable y que permanece” (Arlotti, 2007, p. 217); se podría decir , en ese orden de ideas, que cuando Maquiavelo habla de los Estados en su obra “El Príncipe” se refiere a que la organización política que se está desarrollando producto de los cambios históricos, debe ser una construcción unitaria, que dé cuenta de forma firme y permanente de la existencia política de un determinado pueblo.

El elemento histórico que dará cuenta de las circunstancias que llevaron a esta pretensión de “todo se puede” y que provocó acuñar un nuevo vocablo para referirse a lo que antes fue la República o los principados, se puede visualizar al responder la pregunta planteada al inicio de este capítulo: ¿Qué provocó el tránsito de una forma de organización medieval a una concepción moderna que se denominará Estado? Una posible respuesta es, siguiendo el desarrollo de Charles Tilly, puede ser, según Berrio (2011) que “los Estados producen guerras, y viceversa. Es decir, la guerra es una actividad compleja que permite (pero que especialmente obliga) a las sociedades a desarrollar prácticas e instituciones que dan origen a lo que hoy conocemos como el Estado moderno” (p. 88).

Esta respuesta, si bien tiene un carácter belicista, da cuenta de las transformaciones sociales y políticas que tuvieron que ocurrir para generar un cambio de mentalidad suficientemente grande para decir que estábamos dando un salto a otra época, tal y como lo

expresa MacIntyre (1987) “la transición a la modernidad fue una transición doble, en la teoría y en la práctica.” (p. 86)

El estado de confusión, de lucha por el poder y, por ende, de inestabilidad política que se generó en la Baja Edad Media, fue el caldo de cultivo para la creación de un nuevo orden social; incluso, muchos historiadores ponen punto final a la Edad Media precisamente en un conflicto y es la toma de Constantinopla por parte de los Otomanos, hecho que significó la caída del Imperio Romano de Oriente y en ese orden, de la primacía de esa antigua “Gran Roma.” El tránsito, por ende, de una idea de Estado medieval a uno moderno, tienen sus raíces en la preponderancia de los conflictos interestatales, el intento por prevalecer sería el impulso para la transformación de las realidades, esto por lo menos en Europa.

Con este precedente y revisando los conflictos que se presentaron en los últimos años de aquella Edad, como lo fue la guerra de los cien años, un conflicto que enfrentó Francia e Inglaterra entre 1337 y 1453, notaremos que existe un elemento diferenciador a enfrentamientos anteriores, porque si bien en Occidente la guerra siempre ha estado de manera omnipresente, algo cambió en esas últimas luchas y fue la formación de ejércitos profesiones que se unían con compañías de mercenarios para atender a las grandes necesidades de la guerra como si la misma fuera una profesión, en otras palabras, hacer la guerra se convirtió en un arte mucho más avanzado. Es precisamente en esta época en la que nacen los primeros ejércitos permanentes que son mantenidos por los Estados, así no se esté en periodo de guerra.

Este recorrido histórico el que lleva a la posición de que la “guerra” es la madre del Estado moderno. Tener un ejército permanente implica crear una forma de organizarlo y para ello es necesario todo un conjunto de herramientas, por lo que los Estados nacientes se vieron obligados:

A crear organizaciones complementarias duraderas en el tiempo como tesorerías, sistemas de conscripción, servicios de abastecimiento, recaudo fiscal, escuelas de formación, sistemas de salud, desarrollo tecnológico y otros, que lentamente crearían las instituciones por las que hoy reconocemos al Estado moderno. (Berrio, 2011, p. 88)

Este precedente militar es el primer punto de partida para la formación del Estado moderno, si revisamos definiciones clásicas como la de Weber (1979), este le da una característica esencial a eso que denominamos Estado y la llama como aquella “comunidad humana que, dentro de un determinado territorio (el territorio es un elemento distintivo), reclama (con éxito) para sí, el monopolio de la violencia física legítima” (p. 83). ¿Qué mayor monopolio que el de tener un brazo armado incluso en época de paz? Un ejército permanente y bien entrenado permite sofocar cualquier dificultad dentro y fuera de los límites territoriales.

Tómese, como ejemplo de lo anterior, el rastreo histórico-crítico que realiza Ferdinand Lassalle en su Conferencia pronunciada en abril de 1862, en este nos presenta como el factor armado generó una evolución significativa en las relaciones políticas de Europa. En la Edad Media, producto de la condición de vasallaje en la que estaba gran parte de la poca población existente, que tomaba las armas según las órdenes de los nobles y las dejaba según las órdenes de estos, el Rey se encontraba en una condición de “primus inter pares, la posición del primero entre sus iguales en jerarquía” (Lasalle, 1931, p. 49-91) ya que dependía totalmente de los nobles, siendo estos los que le prestaban su brazo armado según disposiciones e intereses.

Con un desarrollo de la industria y el comercio, factores que implican el mejoramiento de la calidad de vida, hecho que se traduce en un aumento de la población, sumándole a estas circunstancias un grupo de personas económicamente fuertes que quieren estar a la par de esa nobleza por tanto tiempo imperante en las decisiones, el Rey podrá establecer relaciones de

ayuda mutua con estos, obteniendo de ello una financiación que le permita costearse un ejército propio y “con estos recursos el príncipe podrá ya, tantas cuantas veces lo necesite, poner en pie de guerra un ejército lúcido y muy superior al de los nobles que se le resistan” (Lasalle,1931, p. 49-91). Esta concentración de poder dará paso al absolutismo y este, al depender de una población cada año en aumento y de una minoría cada vez más acomodada, dará paso a diferentes revoluciones, una de las más famosas fue la burguesa en Francia.

Como se ve, esta forma de organización belicista, fue uno de los primeros pasos que se manifestó en términos políticos para la creación del Estado moderno, aunque se puede entrever que no es el único factor, ya que las condiciones económicas como el mercantilismo que provocó grandes acumulaciones de capital y las circunstancias sociales, como el crecimiento de la población, son trasfondos importantes que dieron paso al salto político que convirtió a Europa, en palabras de Berrio (2011) “en la primera civilización ordenadora del mundo que exportará su forma de hacer la guerra, sus lenguas, culturas, valores y sistemas políticos y económicos” (p. 87).

Hasta el momento, podemos entrever que las consecuencias de estas transformaciones como la concentración de poder y la estructuración del brazo militar dispuestos y organizado para hacer la guerra, resulta en un factor importante en la consolidación de la idea de Estado Moderno, aunque es necesario decirlo, este no es el único elemento al momento de hablar sobre este tema, porque si repasamos los Estados Europeos que lograron consolidarse, estos tuvieron que ir más allá de lo armamentístico, trabajando en tres grandes características: sistema efectivos de centralización, capacidad coercitiva y proceso de cohesión social.

Las primeras dos características pueden ser trabajadas desde lo militar, pero la segunda no, o por lo menos no en tan alta medida, porque si bien se puede generar un elemento de unión e idiosincrasia en las filas, esto no garantiza que aquello se vea reflejado en toda la población:

El aspecto militar no garantiza de por sí la formación de un Estado moderno. Es decir, la coerción se muestra como un elemento fundamental en el proceso de formación de los Estados modernos, pero no es el único elemento necesario para garantizar el éxito de esta institución. Para ello es indispensable, también, garantizar la legitimidad otorgada por la población que se pretende gobernar y esta no se obtiene únicamente a través de una victoria militar. Esta condición se logra ante la paulatina integración social que realiza el Estado, por medio de un mayor control sobre la población, una intensificación en las obligaciones para con el Estado y finalmente, un crecimiento progresivo de los derechos ciudadanos otorgados a los habitantes de los territorios controlados por este. (Berrio, 2011, p. 89)

Es decir, el Estado para poder mantenerse necesita el apoyo popular, ya que es este el que le permite legitimarse y mantenerse, para ello necesitará un elemento que genere unidad y permita pensarse en su conjunto, las instituciones públicas modernas se volvieron cada vez más dependientes del apoyo popular, porque necesitan un elemento que genere vínculos para que esa construcción artificial llamada Estado se mantenga.

Lo anterior dará paso a la idea de Nación, que permitirá tener unos valores cívicos que guíen el destino de los pueblos y construyan un concepto de ciudadanía que genere vínculos de identidad y pertenencia que permitan que los ciudadanos sientan como su deber la defensa de ese Estado que vinculan con su Nación.

Estado y nación, por lo tanto, no pueden entenderse desligados uno de otros, porque si bien se puede tener Estado sin un proyecto de nación, los conflictos que se generan por no tenerla provocan que a largo plazo ese Estado se debilite y pueda llegar a desaparecer, porque sin esta no existe un sentimiento de comunidad que cree identidad y valores que unifiquen.

Proyecto de Nación

Aquella comunidad imaginaria, tal y como lo llama Anderson (2006) es ese proyecto de Nación. Él le da tres características: “con un espíritu antropológico propongo la definición siguiente de la nación: una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana” (p. 23). Es decir, para Anderson, una nación existe porque es una comunidad, tiene fronteras y manda sobre ellas. Si revisamos los términos que este autor nos plantea, cada uno representa un factor fundamental en nuestra idea moderna.

La comunidad implica un conjunto de personas trabajando por el mismo fin, idílicamente esas personas, aun con sus diferencias, se ven como un todo y, en ese “todo”, la diferencia de la particularidad se borra, porque el fin mayor así lo exige. Anderson (2006) lo explicará:

La nación se imagina como comunidad porque, independientemente de la desigualdad y la explotación que en efecto puedan prevalecer en cada caso, la nación se concibe siempre como un compañerismo profundo, horizontal. En última instancia, es esta fraternidad la que ha permitido, durante los últimos dos siglos, que tantos millones de personas maten y, sobre todo, estén dispuestas a morir por imaginaciones tan limitadas.”
(p. 25)

El elemento anterior nos lleva directamente a otro por su carácter correlacionado. La nación es “imaginada” porque jamás llegaremos a conocer a esos otros que comparten nación

con nosotros, solo podemos imaginar que están allí, así los departamentos de estadísticas de algún Estados digan que son 48 o 50 millones, el elemento estadístico pasa a segundo plano, porque antes de saber las cifras hay un elemento de imaginación que me dicen que existen otros que en su conjunto forman la idea de nación, es decir, “aun los miembros de la nación más pequeña no conocerán jamás a la mayoría de sus compatriotas, no los verán ni oirán siquiera hablar de ellos, pero en la mente de cada uno vive la imagen de su comunión.” (Anderson, 2006, p. 23)

Acá entra otro punto importante, aunque no conozcamos a los otros, si sabemos que existen y que no son toda la humanidad. El elemento de la frontera se empieza a vislumbrar, “la nación se imagina limitada porque incluso la mayor de ellas, que alberga tal vez a mil millones de seres humanos vivos, tiene fronteras finitas, aunque elásticas, más allá de las cuales se encuentran otras naciones.” (Anderson, 2006, p. 24-25)

En la anterior panorámica, podemos notar un interés por la tierra y la cohesión social, esto se puede traducir en un encuentro con los otros que en últimas pretende crear unidad aun cuando existen dificultades en términos gnoseológicos para captar la variedad de individuos que habitan los mismos espacios y trabajan aparentemente por los mismos fines, sumándole individuos que no entiende muy bien la razón ni hasta dónde llega su sentimiento, pero se siente parte de algo mucho más grande. Anderson (2006) dirá hablándonos de la nación que esta:

Se imagina soberana porque el concepto nació en una época en que la Ilustración y la Revolución estaban destruyendo la legitimidad del reino dinástico jerárquico, divinamente ordenado. Habiendo llegado a la madurez en una etapa de la historia humana en la que incluso los más devotos fieles de cualquier religión universal afrontaban sin poder evitarlo el pluralismo vivo de tales religiones y el amorfismo entre las pretensiones

ontológicas de cada fe y la extensión territorial, las naciones sueñan con ser libres y con serlo directamente en el reinado de Dios. La garantía y el emblema de esta libertad es el Estado soberano. (p. 25)

En esta medida, podemos agregar que la idea de Nación se entiende como ese grupo que comparte unos elementos distintivos, es decir, se debe entender como “ese grupo humano que comparte un territorio, unos recuerdos históricos colectivos, una orientación hacia la comunidad política y que tiene una cultura pública común” (Duca, 2014, p. 104).

El Estado Moderno en América Latina: El caso de Colombia

Toda esta construcción de siglos se verá reflejada en las dinámicas del proceso interno colombiano, desarrollándose como imagen de los procesos históricos del mundo adaptados a realidades propias, pero sin cambiar en sus elementos. Colombia y sus demás compañeros latinoamericanos, en sus procesos de independencia copiaron casi que de manera literal las construcciones del Estado moderno hechas por los europeos y, en esa medida, obtuvieron sus ventajas, pero también sus errores y desaciertos.

Rastreando el momento histórico en el que se dan los procesos independentistas en América latina y, especialmente en Colombia, podemos entender cuando Berrio (2011) dice que “las antiguas colonias americanas pretendían construir Estados de carácter occidental, es decir, Estados modernos que seguían claramente las herencias políticas de la Ilustración y, por tanto, eran similares a Europa desde el punto de vista cultural” (p. 93). ¿Por qué fue así? Si revisamos los elementos del Estado moderno: territorio, cohesión social y capacidad coercitiva, Colombia se fundó bajo las mismas premisas, pero, a diferencia de sus contemporáneos europeos, se libraron, en buena medida, de luchas externas con otros Estados por su supervivencia.

Paradójicamente este elemento resultó consolidando unos procesos que adaptados o no a las circunstancias, generaron una nueva línea en la construcción del Estado.

El territorio para los Estados Americanos no fue un mayor problema, si dejamos de lado focos específicos de disputas territoriales, los Estados actuales de este continente conservan casi que en su totalidad las diferencias limítrofes que existían en tiempos de la colonia. Los Estados latinoamericanos siguieron las ideas políticas europeas-norteamericanas y pretendieron construir Estados modernos; sin embargo, a la postre, transitaron un camino bastante diferente al de las monarquías del Viejo Continente.

El territorio en los nuevos Estados fue un factor importantísimo, Berrio (2011) nos cuenta:

La figura jurídica del "Uti Posidetis Juri", creada por el gobierno de Santa Fe de Bogotá y que se aplicó para toda América Latina, definió que la jurisdicción territorial y las fronteras de los nuevos Estados independientes deberían ser las mismas que aplicaban para los virreinos, capitanías y audiencias, esto permitió a los nuevos Estados el control teórico sobre extensos territorios con unas fronteras relativamente estables y definidas desde la administración colonial. (p. 93)

Y es que precisamente por sus formas de llegar a la autonomía administrativa y la soberanía de su territorio, aquellos Estados nacientes se reconocen unos a otros, con el apoyo del Imperio Británico que tenía razones geopolíticas, económicas y culturales para aceptarlos en el escenario mundial, esta última, significaba la consolidación de occidente y, más específicamente, de Europa como el motor ideológico del mundo. Esta característica de reconocimiento internacional a la que se agrega una soberanía administrativa, territorial y poblacional, elementos

fundamentales para los Estados modernos, darán la impresión de que el trabajo ya está hecho en América, pero se verá que no es así.

La acción de copiar las grandes ideas va a generar que las consolidaciones en este territorio sean deficientes, porque si se sigue el contraste entre la historia político y militar que se encuentra en Europa y que generó como producto histórico el desarrollo de los Estados Modernos según lo anteriormente planteado, Latinoamérica no vivió esos desarrollos y planteó una forma de concebir la organización de los pueblos adaptando ideas que no respondían a sus circunstancias.

Las guerras interestatales que provocó que se crearán y consolidarán las instituciones públicas en Europa, producto de las transformaciones militares, sociales y económicas que las misma provocó, no ocurrió en América Latina, por lo que estos nacientes Estados no tuvieron la preocupación de que se les atacará y tuvieron que proteger la organización que estaban creando, misma que por la falta del sentimiento de defensa, no pasó por los procesos de crear un identidad y unión que estuviera por encima de las diferencias internas; en esa medida, la violencia se enfocó en las discusiones internas de un grupo de personas que luchaban por favorecerse y quebrantaron cada vez más cualquier intención de generar cohesión social y un relato único fundacional, más allá del que la costumbre puede provocar con el tiempo.

Por ello, aquella idea de los latinoamericanos de construir sus Estados tomando como bases los ideales políticos europeos va a generar que su moral contenga las dificultades que ya se estaban gestando en el viejo continente, todo producto de una forma de pensar constituida como el "*homo faber*" así este no viviera sus mismas dificultades; a este hecho hay que sumarle las dificultades que genera aplicar unas ideas que no responden al desarrollo histórico del contexto al que se les está introduciendo.

En este punto, la necesidad de aplicar el diagnóstico de MacIntyre a este lado del mundo va tomando fuerza, porque la forma de organización que tienen los Estados Modernos está encaminada a un hombre “como deber ser” y no “como es”, Colombia sigue está lógica, por lo que a la disparidad entre ideas deficientes que generan problemas, como lo es el diagnóstico del ideal moderno hecho por MacIntyre y un contexto que lo que hizo fue intensificar esas deficiencias, podemos entrever un poco el rumbo que tomó este naciente Estado.

La independencia: La construcción del Estado y la Idea de Nación

Dejando claro el panorama histórico sobre el que está consolidado la idea de Estado Moderno y la de nación a nivel mundial y continental, debemos revisar cómo el proceso histórico se dio en las particularidades de Colombia. Podemos ver que el contexto histórico en el que se encontró este país después de su independencia fue el de prueba y error, ya que la consolidación de la República se dio finalizando el siglo XIX, casi 7 décadas después de la separación española.

Se puede decir que “todo el siglo XIX puede ser considerado un largo intento para cristalizar los elementos de la nacionalidad en un Estado Nacional o, si se prefiere, construir instituciones adecuada que recogieran los elementos nacionales preexistentes” (Duca, 2014, p. 106). Por este hecho, al momento de hacer lectura sobre los ideales motores del Estado, 1886 es el periodo en el que esta consolidación se hace más firme y duradera, sin embargo ir más atrás es clave para identificar la raíz del problema. Al respecto, autores como Guzmán Noguera dirá que este hecho es natural:

Después de años verdaderamente fecundos, durante los cuales el libertador Simón

Bolívar obtuvo nuestra independencia política, era natural que sobreviniera una época de

asentamiento civil o de consolidación institucional, en el cual las dos grandes corrientes ideológicas que se habían formado en nuestro país, ya constituidas en partidos, pudieran debatir sus distintos puntos de vista sobre la organización administrativa que debería darse a la nueva República. (2000, p. 389)

Cuando Colombia realizó su separación definitiva de la monarquía española, contaba con un amplio territorio producto de la unión de diferentes entidades administrativas de la antigua colonia, a este periodo de unión territorial se le conoce convencionalmente como la Gran Colombia. Con la lectura mimética que hicieron los Estados nacientes en América, la importancia del territorio debió percibirse, queda la pregunta ¿por qué ese vasto territorio sólo sobrevivió algunos años? Incluso, podemos preguntarnos ¿qué llevó a la fragmentación de este? Para hablar de ello es importante tener presente los elementos constitutivos del Estado, es decir: el territorio, la capacidad coercitiva y la cohesión social.

En términos territoriales, si bien era extensa aquella Gran Colombia, no tenía elementos de cohesión social y capacidad coercitiva que tendiera a la centralización y, en esa medida, un vasto territorio sin capacidad para administrarlos, sin elementos que permitan generar unos vínculos, sin una fuerza que haga contrapeso a los individualismos, está destinada al fracaso. Se ha visto en grandes empresas de conquista, el fracaso se genera porque sin elementos que produzcan semillas de unidad, la separación está a un paso. Ocurrió con el Imperio Romano, con las conquistas de Alejandro Magno, con el Imperio Mongol de Gengis Kan y le sucedió a la Gran Colombia, cada ejemplo ubicado en su contexto.

El elemento territorial, por lo tanto, no fue una pieza de cohesión que caracteriza a la nueva República, sumándole a esto que la capacidad coercitiva no era central, producto de la inclinación federal que tenía esa Gran Colombia, además de su geografía y características

topográficas, que provocan (al igual que hoy) la inclinación a ciertas zonas y el abandono de muchas otras, por lo que un ejército permanente que respondiera a las necesidades generales nunca estuvo realmente patente, resultando la coerción en algo verdaderamente débil.

El elemento de cohesión social, por su parte, en buena medida no se consolidó con las nuevas ideas, sino que mantuvo los elementos ya heredados en la colonia, como lo fueron la religión y las divisiones o regionalismos territoriales, sumándole a ello la discriminación contra indígenas y negros, que no generaba elementos armónicos con los ideales de libertad e igualdad con lo que se estaba fundando el nuevo Estado-nación y que siempre fue bastante frágil:

En un primer momento, la generación de la independencia apeló a la valoración del pasado indígena buscando la identificación de amplios sectores de la sociedad.

Igualmente recurrió, en un recurso importado de Francia, al símbolo representado por el Árbol de la libertad y al igualitarismo verbal reflejado en la noción de ciudadano. (Duca, 2014, p. 106)

Se puede decir, tal y como lo expresa Duca (2014) “la independencia y el consciente reemplazo del Estado Colonial por uno Republicano no implicó que los elementos decantados de la nacionalidad se hayan consolidado inmediatamente en un Estado nacional” (p. 106). Si revisamos, los procesos independentistas se dieron producto de un relato que generaba un enemigo en común, estos eran los españoles.

Este enemigo era el de muchos grupos con características diferentes y formas de habitar el mundo que no correspondían a elementos equivalentes en igualdad y libertad, consignas de aquel proceso histórico. Berrio (2011) dirá:

Es necesario advertir que los líderes e intelectuales de la recién creada república buscaron crear una identidad nacional que trascendiera las lealtades locales y, especialmente, las

lealtades con la Corona española, pues entendían que la República sin la existencia de una idea de nación fuerte resultaba en extremo frágil y precaria. Ante la realidad de habitar un espacio tan diverso, lleno de diferentes pueblos con numerosos símbolos, relatos, íconos e imágenes que no aglutinaban al conjunto de nuevos ciudadanos, el único relato y argumento válido fue el de la usurpación. Así, el discurso de la nación fue creado en torno a los agravios cometidos por un grupo de conquistadores que atropellaron a quienes habitaban las tierras americanas. En este sentido, la ausencia de símbolos aglutinantes fue solventada a partir del relato: ¡Somos víctimas! (p. 91)

El relato, cuando apeló a lo interior, se vio inmerso en una multitud de manifestación que, en busca de unidad, se centró en ser víctimas de una fuerza mayor:

La usurpación se convirtió en el gran relato fundacional sobre el cual se cimentó la nación. Esto les permitió a los dirigentes criollos argumentar su derecho a la libre autodeterminación por fuera del control de la Corona española, y la fuerza del relato les permitía obtener el apoyo de un nuevo ciudadano quien tenía una serie de derechos que habían sido arrebatados por el conquistador español. (Berrio, 2011, p. 91)

Aunque el argumento de la usurpación resultó valioso para la causa independentista, con el enemigo derrotado se convirtió paulatinamente en un problema, porque sería el mismo que utilizarían los contrarios a la centralización para revelarse contra el naciente Estado. Sin una lucha externa que mantener, el regionalismo se fue intensificando hasta provocar la ruptura total que está en nuestros días, ya sea a nivel internacional con los otros Estados que formaron la Gran Colombia o los regionalismos internos que sutilmente continúan hoy. El relato de la usurpación, mismo que es fundacional de nuestro país y fue supremamente importante para generar vinculaciones entre ricos y pobres, indígenas, mestizos y negros, mujeres y hombres, no era

suficiente para guiar el destino de un pueblo que se encontraba en la niñez de su vida, es en este fracaso donde empezaran a resonar las voces de los héroes como guía y fundamento de lo que debería ser nuestro Estado.

Capítulo IV. Raíces del Emotivismo en La Política Colombiana, Los Metarelatos y La Filosofía Moral De Alasdair MacIntyre

Los Padre de la Patria: La Personificación de Nuevos Relatos, El Caso de Bolívar y Santander

Con el usurpador alejado del territorio, en la medida de que la guerra no era interés central, y la necesidad de fundar un Estado que cumpliera con lo prometido en la campaña libertadora, las figuras aparecieron, convirtiéndose en las voces de muchos e intentando darle orden al caos que genera una revolución, entendiendo que es más sencillo ganar que organizar el triunfo. Sin embargo, sin un enemigo común que generará vínculos entre las diferentes fuerzas de la época postcolonial y sin la necesidad de luchar por su supervivencia contra algún otro Estado que quisiera tomar abiertamente el lugar dejado por España, a diferencia de los europeos, Colombia pudo centrarse en la construcción de su Estado moderno y, en esa medida, los problemas interiores, opacados por la guerra, empezaron a salir a la luz.

Bolívar (1985) escribiría “más cuesta mantener el equilibrio de la libertad, que soportar el peso de la tiranía” (p. 101), consciente de la dificultad que tenía consolidar una república, porque los logros alcanzados podían irse en cualquier momento si no se tendía a la unidad, la posible separación en ese momento implicaba la destrucción de lo que apenas se estaba alcanzando y si notamos, es precisamente la fragilidad del relato de la usurpación, la igualdad y la libertad, comparado con las condiciones reales de los habitantes, lo que terminó llevando al proyecto inicial de la Gran Colombia al fracaso.

La necesidad de un discurso que tendiera a la unidad fue un imperativo para Bolívar, producto de que, sin esta inclinación, la revolución solo sería un desorden y un conjunto de repúblicas que generaría nulo interés y reconocimiento, en otras palabras, la consolidación de

valores naciones era necesaria. El Libertador le escribiría a su hermano de armas, Santander, el 20 de diciembre de 1819, diagnosticándole el hecho:

La falta de unidad y consolidación, la falta de acuerdo y de armonía, y, sobre todo, la falta de medios que producía necesariamente la separación de las repúblicas es, repito, la causa verdadera del ningún interés que han tomado hasta ahora nuestros vecinos los europeos en nuestra suerte. Secciones, fragmentos que, aunque de gran extensión no tienen ni la población, ni los medios, no podían aspirar ni interés ni seguridad a los que deseen establecer relaciones con ellos. (Santander, 1988, p. 260)

Precisamente porque separados es imposible tener un reconocimiento que ayude al fortalecimiento de la república, así se tenga un gran territorio, seguidamente le dirá a Santander, en la carta anteriormente mencionada, que la República de Colombia, en aquel tiempo formada por el anterior Virreinato de la Nueva Granada, la Capitanía general de Venezuela y la presidencia de Quito:

Presenta cuantos medios y recursos son necesarios para sostener el rango y dignidad a que ha sido elevada, inspira a los extranjeros la confianza y la seguridad de que es capaz de sostenerlo. De aquí nace la facilidad de obtener aliados y de procurarse los auxilios que le faltan para consolidar su independencia. (Santander, 1988, p. 260)

Conseguida la independencia a Bolívar se le fue conferida la presidencia en 1821 tras la promulgación de la Constitución de Cúcuta, pero este partió en apoyo a la independencia de las ahora Ecuador, Perú y Bolivia, si bien Bolívar dejó su presidencia para combatir en la lucha por la libertad de América, dejando en el ejecutivo a Francisco de Paula Santander, no olvidó el importante papel que aún tenía que asumir, por lo menos en apariencia, tanto él como el pueblo en la construcción de una nueva república. En esa misma promulgación Santander fue elegido

vicepresidente del Estado de Cundinamarca, mismo que incluía por aquel entonces el territorio actual de Colombia, por lo que, en ausencia del presidente titular, le correspondió a este asumir sus funciones y hacer respetar la nueva Constitución, las nuevas instituciones y las nuevas autoridades, tarea monumental si tenemos presente que se estaban echando las bases de la república.

Las tensiones entre Bolívar y Santander, ambos personajes históricos, rápidamente emergieron y paulatinamente se convirtieron en las voces de los relatos de la república, ya sea como ecos o en su forma más viva y, en esa medida, pasaron de una fuerte amistad a ser enemigos públicos, determinando de una u otra manera el destino histórico de Colombia. Santander, en el papel vicepresidente, pero que le tocó asumir el rol de guía en este primer bosquejo de república, tarea que le correspondía legalmente a Bolívar, paulatinamente se fue cansando del sostenimiento de las campañas del Sur de este último, mismas que le quitaban más de lo que le aportaban a un Estado naciente y en últimas, complicaban más su labor. Uno de esos episodios de tensión se encuentra en su correspondencia, exactamente en la del 10 de mayo de 1824 cuando el hombre de las leyes le dice a Bolívar:

Bien ha podido usted representar al Gobierno todos los peligros del Perú, y solicitar auxilios; pero yo no he debido oír sus demandas sino según el lugar que les dieran las leyes colombianas. Si usted me muestra alguna donde se autorice al Gobierno auxiliarlo a usted, para auxiliar algún Estado amigo, para sacar de Colombia un hombre y un fusil, yo desde luego convengo en que soy culpable. Yo no sé qué especie de principios ni de buena fe pudiera haber en los que por un lado predicamos obediencia a las leyes, sumisión a la voluntad general, respeto a las instituciones del pueblo, y por otro queremos obrar como si tales leyes no existieran (...) ¿Y usted puede querer que yo, el encargado

del Gobierno, y sin esa Ley del 9 de octubre de 1821, proceda y obre sin arreglarme a las leyes que me han entregado como regla de mi conducta? No puede ser, a menos que ya no fuera usted el mismo Bolívar. (Santander, 2011, p. 90)

Además de las tensiones por las campañas de Bolívar, las diferencias en temas fundamentales, paulatinamente, se convirtieron en una causa de conflicto entre ellos, el desplazamiento del usurpador español, en buena medida, dejó de ser ese elemento de cohesión social que era años atrás, cuanto la independencia estaba en marcha. Los conflictos entre Santander y Bolívar, sumándole a ellos sus seguidores, llegó hasta el punto de que Santander terminó desterrado producto de la llamada conspiración septembrina, un intento de asesinato al presidente Bolívar, mismo que ya se había proclamado dictador para imponer sus ideas e intentar organizar esta tierra y que en 1828 terminó convirtiendo a Santander, su más fuerte opositor y antes gran amigo, en el principal responsable del atentado, esto con unos juicios de proceder dudosos.

Después de este incidente, los diferentes relatos que cada lado promulgaba para los intereses de la república y, en esa medida, la forma que utilizó Bolívar para imponer las suyas, terminó gestando la violencia y conspiración de los partidarios y opositores de Santander. En ese sentido, el relato de la usurpación y victimización, antes centro de los valores de la república, pasaron a un segundo plano.

Santander, haciéndole honor a su apodo como “hombre de las leyes”, se inclinaba por un gobierno federalista, en el que el poder del presidente y los militares tuvieran claros límites, esto en buena medida porque tenía presente que había que dar un salto de página a la situación de guerra en la que el Estado había nacido; por otro lado, Bolívar giraba en torno a la idea de un Estado unitario en el que un presidente vitalicio tendría el control del poder, elegiría los cargos

públicos y a sus funcionarios, sumándole que estos pasarían a ser de carácter hereditario, en otras palabras, su visión era de carácter centralista y aristocrática.

Ante la negativa del congreso de aplicar las visiones de Bolívar, las cuales, hay que decirlo, sí tenían apoyo y encontrándose estas con las de Santander que tenían igual o más apoyo, el Libertador se proclama dictador y empieza una serie de reformas, es precisamente este contexto de descontento la que llevará al mencionado atentado. El episodio de la conspiración septembrina es uno de los inicios de las constantes pujas ideológicas que van a acompañar a Colombia en toda su historia, convirtiéndose en la concreción del inicio de los antagonismos políticos.

Si bien el Libertador y el hombre de las leyes, terminaron sus días en la decadencia de la fragilidad que tienen los seres y murieron como humanos, sus figuras enaltecidas pasaron a la historia y se convirtieron en la fuente de muchos de los relatos que posteriormente tendría Colombia y que ellos aglutinaron en su persona. Como dice Berrio (2011) “si entendemos desde los Estudios de Mitología Arquetípica de Joseph Campbell, que los héroes antes de ser personajes históricos son en realidad la personificación de los valores de una sociedad” (p. 88), se puede comprender de forma mucho más clara esta puja de ideas.

Cada uno, en su época, defendió el federalismo o el centralismo, mismo que regirá la discusión política casi por 7 décadas, ellos, en el inicio de la república, lo que hicieron bajo su persona fue personificar las ideas de diferentes partes de un mismo pueblo, con su muerte, esas ideas pasaron no solo a ser partes de ellos, se convirtieron en un conjunto de creencias, valores y fundamentos de esa sociedad que necesitaba con urgencia nuevos relatos para responder a sus interrogantes y problemas, ya que la usurpación quedó carente de sentido para significar a la naciente Colombia.

De esta forma, la división administrativa en centralista o federal, fuente de la discusión de manera inicial, pasaría lentamente en el transcurso de las décadas a convertirse en relatos sobre lo bueno, lo justo, lo políticamente viable, la libertad, la igualdad, la religión, la paz, el bien común y demás aspecto que se traduciría en las posiciones de los partidos políticos que gobernaron a Colombia desde finales del siglo XIX y que tendrían su fundamento en las ideas de estos dos héroes nacionales.

Si bien estos relatos crecerían con las ideas de su cotidianidad, todos acuñaron a una de estas dos figuras, el partido conservador a Bolívar y el partido liberal a Francisco de Paula Santander como sus fuentes narrativas, en otras palabras, sus figuras y posiciones políticas, terminaron convirtiéndose en la fuente para significar la historia ética y política de un país, en otras palabras, los marcos mentales que nos acompañan hasta el día de hoy, tienen de una u otra forma sus orígenes hace más de 200 años, teniendo presente que Colombia ha sido un país gobernado siempre bajo las lógicas del antagonismo, estas en un lado u en otro.

Cuando alguien se auto reconocía como federal o centralista, no estaba hablando únicamente de su posición frente a la división administrativa de un territorio, cuando alguien se posiciona está configurando en su individualidad todo un proyecto de nación que implica cómo debe vivir, sentir y pensar, aquella discusión histórica se transformara, pero en su esencialidad se mantiene, hay que elegir uno u otro bando, y esto va más allá del formalismo legal.

MacIntyre (1987) dirá “los cambios abstractos en los conceptos morales toman cuerpo en hechos reales y concretos.” (p. 85) Es decir, los cambios que paulatinamente se van generando en las sociedades lentamente se traducen en individuos que se vuelven los representantes y las voces de esas transformaciones, de esta manera:

Hay una historia aún no escrita, en la que se interpretará a los Médici, Enrique VIII y Thomas Cromwell, Federico el Grande y Napoleón, Walpole y Wilberforce, Jefferson y Robespierre como expresando a través de sus acciones, aunque a menudo parcialmente y de maneras muy diversas, los mismísimos cambios conceptuales que al nivel de la teoría filosófica son expresados por Maquiavelo y Hobbes, Diderot y Condorcet, Hume, Adam Smith y Kant. (MacIntyre, 1987, p. 85-86)

También el Libertador, Francisco de Paula Santander y demás presidentes que le siguieron a ellos, representan las ideas filosóficas, políticas y morales que se estaban importando de Europa a Latinoamérica y que cambiaron el rumbo de esta con su ideal moderno, solo que estos aplicaron esas transformaciones a su visión y lectura de lo que debería ser su país, la historia aún no escrita de ellos, quizás le estamos abriendo espacio en este trabajo, reconociendo a nuestros próceres como el horizonte común del que nacen nuestras divisiones más profundas.

Tendencias e Ideales Opuestos, Consecuencias del Emotivismo en la Política de Colombia.

Los nuevos relatos que se instauraron en Colombia como reemplazo a la falta de cohesión que generaba la usurpación y producto de los ideales opuestos entre bolivarianos y santandereanos que estaban en constante enfrentamiento, darán paso a la discusión sobre cuál debería ser la forma de organizar la naciente república, sin importar que la misma, desde 1830, haya fracasado como proyecto inicial.

La restante Colombia, que paulatinamente cambiará de denominación y perderá factores de unidad, como lo es el territorio, a falta de un relato común, hecho que lo demuestra su paulatina desintegración, se preguntará por cuál debe ser su organización administrativa, su organización política, su relato moral. Sin saberlo, Colombia estará de nuevo en la discusión sobre cuál deben ser los ideales motores del Estado, los marcos mentales y narrativos

fundacionales y esta vez, con dos grandes tendencias paulatinamente formadas desde las figuras de los héroes independentistas antes mencionados, que llegaron para reemplazar la figura del relato usurpador y, en esa lógica, fusionarse con las ideas modernas del siglo XVIII.

Este debate se puede dividir en dos momentos, antes y después de 1886, convirtiendo los momentos antes de esa fecha en precedentes que darían paso a consolidación del Estado Colombiano, aunque con notable mesura, ya que la instauración de ideales no implicaba su aplicación. En otras palabras, los cambios que se fueron produciendo, dependía de cuál grupo estuviera en el poder y, evidentemente, esto generaría que la parte que quedaba por fuera no aplicará lo dicho o estuviera abiertamente buscando la forma de cambiar las conclusiones a las que se había llegado, dificultando en gran medida la búsqueda de un relato integrador.

Colombia, atendiendo a principio republicanos, tanteó sobre cuáles deberían ser las ideas a los que aspiraría el nuevo Estado y, según como los entendiera los que estuvieran en el poder, de esa misma manera se consignaban en “aquella ley fundamental proclamada en el país, en la que se echan los cimientos para la organización del Derecho público de una nación” (Lasalle, 1931, pp. 49-91), es decir, la Constitución. Este hecho se puede evidenciar en la gran variedad de constituciones que hemos tenido en nuestra historia republicana, contándose nueve de ellas, las primeras no duraron mucho tiempo en vigencia, porque antes de que el pueblo llano tuviera la remota capacidad de aprendérsela, eran reemplazadas por otras, convirtiéndose la ley de leyes, en un diseño de Estado según intereses particulares que generaban ilegitimidad e ingobernabilidad.

Precisamente encontramos tanta variedad de constituciones que, al hablar de ellas, podemos notar un elemento más emotivista que racional, es decir, las cartas magnas son consignas que expresaban la emocionalidad de sus formadores o reformadores según intereses,

gustos y formas de entender los ideales que debían seguir o sobre los que se debe fundar el Estado, aunque cabe aclarar que incluso en esta variedad hay elementos en común.

Esto es comprensible, hasta cierto punto, porque la historia constitucional en últimas, demuestra que ese producto de los pueblos que se llaman constituciones es la expresión de los llamados, según Lasalle, “factores reales de poder”, mismos que rigen en el “seno de cada sociedad, como esa fuerza activa y eficaz que informa todas las leyes e instituciones jurídicas de la sociedad en cuestión, haciendo que no puedan ser, en sustancias, más que tal y como son” (Lasalle, 1931, pp. 49-91), es decir, aquellas fuerzas reales, mismas que verdaderamente tiene poder más allá de lo escrito en un simple papel o en el formalismo de las instituciones. En Colombia, históricamente serían estas: el poder económico, el brazo militar y la Iglesia Católica Apostólica Romana, todas, convergiendo de una u otra manera en las ideas políticas que tomaron forma en partidos que retomaron como fuente las ideas de los héroes de la independencia y en la larga historia de Colombia, solo se han transformado como postura que responden o no a la vieja y larga disputa entre tradicionalismo o liberales, conservadores o liberales y más recientemente derecha o izquierda.

El carácter emotivista se puede leer en esta puja de intereses, porque más allá de dar razones para que exista una aceptación de una u otra postura en la forma de entender el camino que debe seguir el Estado, priman los intereses particulares que muchas veces se reducen a expresiones o actitudes según la afiliación y la idiosincrasia del hablante. MacIntyre (1987), nos dirá que para el emotivismo, “el que habla solo expresa sus sentimientos y actitudes tratando, a su vez, de influir en los sentimientos y actitudes de los demás” (p. 28-29).

Este hecho se ve en esas disputas políticas que han marcado la historia de Colombia, el reducir al otro y engrandecer las propias posturas, sólo por ser las propias, este es el pan de cada

día de las discusiones contrarias en Colombia y no hay que ir muy lejos para comprender este fenómeno, la misma historia de Colombia lo demuestra, solo es necesario repasar las violencias partidista y de espectro ideológico para dar cuenta de este hecho, al punto de que no hay razones de unión que valgan cuando la disputa se presenta en el plano de lo emotivista, acá suenan nuevamente las palabras de MacIntyre (1987) cuando dice:

Si la teoría emotivista, así interpretada, fuera correcta, podríamos deducir que el significado de las expresiones morales y su uso son, o por lo menos han llegado a ser, radicalmente discrepantes entre sí. Significado y uso estarían de tal suerte reñidos que el significado tendría a ocultar el uso. Oír lo que dijese alguien no sería suficiente para inferir lo que hizo, si al hablar emitió un juicio moral. Además, el propio agente podría estar entre aquellos para quienes el significado ocultaría el uso. Podría estar perfectamente seguro, precisamente por ser consciente del significado de las palabras usadas, de estar apelando a criterios independientes e impersonales, cuando en realidad no estaría sino participando sus sentimientos a otros en una manera manipuladora. (p. 29)

De esta manera, se puede entender las razones por las cuales las discusiones históricas en Colombia están más enfocadas en qué parte de la historia quiere tener la razón y no en lo provechoso, incluso, se puede dar ejemplos al respecto, trazando incluso una línea histórica. Sin irnos muy atrás, desde 1886 con la instalación de la nueva carta magna, que siguiendo la historia constitucional de Colombia se caracterizó por ser una constitución de Partido, una ley de leyes en las que el vencedor imponía su propia ley, las consecuencias de estar en el poder y expresarse como del lado correcto de la historia, solo provocó discordia, luego Guerra civil y posteriormente la exclusión de una minoría, que a largo plazo, solo produjo más violencia.

La hegemonía conservadora, el inicio de la República liberal, la Revolución en marcha, la República liberal, la intensificación de la violencia partidista, el Gobierno militar, el Frente nacional y las etapas de la 2 a la 5 del conflicto armado interno colombiano, están marcadas por un discurso que se cree levitando en el plano moral, que se cree autorizado para invisibilizar al otro y que pretende construir un relato del buen lado de la historia.

Se puede notar que si se realiza una línea histórica en retrospectiva de los debates sobre temas fundamentales, los discursos giraron en torno a la descalificación, al miedo, a la inconformidad de que el otro esté en el poder porque no es de la misma línea, porque no piensa igual, porque tiene una idea diferente de qué es la libertad, el bien común, la igualdad o la paz.

Esto pasa hoy en las discusiones sobre el espectro ideológico que debería gobernar hoy; pasó hace 20 o 30 años con el auge de los grupos armados ilegales como el paramilitarismo y las guerrillas; pasó hace 50 o 100 años con la disparidad bipartidista; pasó hace 150 años con la disputa de centralista o federales y, pasó en el inicio mismo de esta república, con santandereanos y bolivarianos.

En buena medida la inconmensurabilidad conceptual que existen en los argumentos rivales, que lógicamente pueden ser válidos, genera que al formalmente no poder contraargumentar una premisa, la discusión termina reducida a un conjunto de afirmaciones y contra afirmaciones o, en palabras de MacIntyre (1987) “una lucha de voluntades antagónicas determinada por elecciones arbitrarias entre sí mismas” (p. 23).

Lastimosamente, como la emocionalidad es la que mueve el debate, si se puede llamar a este así, se va acumulando paulatinamente generación tras generación, sin entender o dar razones de las posturas. Los ciudadanos de hoy, de ayer y seguramente del mañana, seguirán en una puja política de posturas que no entienden o no han formado conscientemente, pero que sienten tan

propias, que seguirán matándose por ellas, porque muchas veces en lugar de la evidencia o el argumento racional, se depende del lenguaje expresivo y de otros mecanismos pensados para provocar entusiasmo, ira o apoyo en pro o en contra de alguna causa particular, todo esto se da porque el emotivismo tiene sus etapas, se va adaptando a la población paulatinamente, hasta que se asienta definitivamente en la normalidad.

Otro caso reciente de este fenómeno de la emocionalidad en el debate se dio cuando en el Congreso de la república, máximo espacio de la razón, el argumento, y el debate objetivo – o eso se supone – se aprobó la instauración de la cadena perpetua como respuesta al problema de la violencia física y sexual contra la infancia en Colombia, que aunque es obvio que es una práctica que genera repulsión y condena social, la discusión por el espacio y la importancia tenía que ser jurídica, pero tal como no lo sugiere Ortiz-Villarejo (2023) al hablarnos de la prevalencia de las emociones y del populismo en el Congreso de Colombia en el debate sobre uno de los temas más sensibles de derecho penal de los últimos años, los resultados son la prueba de la poca objetividad:

En el primer debate en Cámara, de los 30 argumentos presentados, 3 fueron válidos, mientras que 27 se ubican dentro de algún tipo de falacia. En este debate, el error de razonamiento preponderante fue la falacia de inducción deficiente denominada causa falsa (...) En el segundo debate en Cámara, de los 53 argumentos ofrecidos, 15 fueron válidos en tanto 38 fueron falacias. En esta célula legislativa, los errores de razonamientos prevalentes fueron la apelación a la emoción (*ad populum*) y la causa falsa, en ese orden. En el primer debate en Senado, de los 15 argumentos expuestos, 6 fueron válidos y 9 fueron falacias. En este peldaño legislativo, el error de razonamiento imperante fue la apelación a la emoción (*ad populum*). (Ortiz, 2023, p. 344)

MacIntyre en esa medida nos dirá que el emotivismo en los debates empieza en términos muy impersonales, incorporando auténticamente objetivos morales, intentando hallar justificación racional a las posturas y tener líneas de conductas claras; posteriormente, se empieza a vislumbrar que los intentos de mantener la objetividad fracasan y, en esa medida, los juicios se vuelven más personales y menos racionales; para finalizar, en esa última etapa lo emotivista consigue aceptación, hay un reconocimiento general de que así funciona el mundo y, las pretensiones de objetividad pasan a segundo plano.

Esto mismo sucede al leer los factores reales del poder que crean y mantienen una constitución como línea a seguir a lo largo del tiempo, paulatinamente van degenerando lo allí consignado, que ya es producto de un emotivismo, hasta el punto de que el emotivismo político se vuelve no sólo una práctica, sino que, paradójicamente, se vuelve la norma. Véase al respecto cualquier discurso en época electoral, todos saben que son más las expresiones que mueven la emocionalidad que las ideas de proyectos racionalmente planteadas la que eligen presidente, gobernador, alcaldes y congresistas.

Algunos ejemplos de esta manifestación de la emocionalidad son la toma de decisiones que en principio contiene una finalidad o propósito superior. Las recordadas palabras de Juan Carlos Vélez, gerente de la campaña por el “No” en el plebiscito que refrendaba los acuerdos de paz, resonarán siempre en ese histórico resultado, con aquella consigna de “hay que buscar que la gente saliera a votar verraca” (Valencia, 2017, p. 233) como respuesta al intentando de salir de un conflicto armado prolongado con una guerrilla con más de 50 años de existencia que ya ni siquiera encontraba ni en la magnitud de sus filas, ni en la ferocidad de sus combates, una luz que respondiera a la esperanza por la que alguna vez fue creada. Así fue la estrategia:

Unos estrategas de Panamá y Brasil nos dijeron que la estrategia era dejar de explicar los acuerdos para centrar el mensaje en la indignación. En emisoras de estratos medios y altos nos basamos en la no impunidad, la elegibilidad y la reforma tributaria, mientras en las emisoras de estratos bajos nos enfocamos en subsidios. En cuanto al segmento en cada región utilizamos sus respectivos acentos. En la Costa individualizamos e mensaje de que nos íbamos a convertir en Venezuela. Y aquí el No ganó sin pagar un peso. En ocho municipios del Cauca pasamos propaganda por radio la noche del sábado centrada en víctimas. (Valencia, 2017, p. 233)

Este mensaje, curioso por lo menos, tiene la particularidad que responde a lo que se ha venido sugiriendo en el transcurso de este trabajo y como ya la mencionamos cuando hablamos de MacIntyre, la discusión termina convirtiéndose en preferencias, reducida a un conjunto de afirmaciones y contra afirmaciones o, en palabras de MacIntyre (1987) “una lucha de voluntades antagónicas, cada una de ellas determinada por un conjunto de elecciones arbitrarias entre sí mismas.” (p. 23) La emocionalidad mueve nuestras elecciones y el rumbo del país está en cómo se tocan las susceptibilidades y no en los argumentos que se están presentando al público.

En estos casos, el plebiscito por la paz es solo un ejemplo de ello, este fenómeno se puede rastrear en la consulta anticorrupción del 2018 o en las elecciones para diferentes cargos público, solo por dar algunos ejemplos, pero ese análisis supera los límites de este trabajo y solo los enunciamos para entrever las consecuencias que un ideal moderno deficiente ha provocado en el debate público, generando, tal y como dice el filósofo MacIntyre (1987) “el rasgo más chocante del lenguaje moral contemporáneo es que gran parte de él se usa para expresar desacuerdos; y el rasgo más sorprendente de los debates en que esos desacuerdos se expresan es su carácter interminable” (p. 19).

Conclusiones

En este trabajo, se ha explorado la historia política de Colombia a la luz de la propuesta de MacIntyre sobre el fracaso del ideal moderno en la teoría moral, intentando examinar los antagonismos políticos, enfocándonos, pero no limitándonos, a los antagonismos políticos en los primeros años de la historia colombiana. Evidenciado la complejidad y los desafíos que ha enfrentado Colombia en la construcción de su república, siempre marcada por la falta de consenso, la inestabilidad política y la persistencia de patrones históricos, hemos intentado explicar una historia de antagonismo que va más allá, incluso, de nuestro origen.

En esa línea histórica que hemos armado, desde el origen mismo del concepto “Estado”, pasando por los enfrentamientos entre bolivarianos y santandereanos, cerrando con los debates contemporáneos, se destaca cómo la falta de un relato común ha generado continuamente una sucesión de constituciones y discusiones políticas marcadas por el emotivismo, generando que esa inconmensurabilidad conceptual de los factores reales de poder se superponga con las ideas políticas de los héroes independentistas, retrayéndose en ellos, incluso sin una mención directa.

El emotivismo, presente de forma omnipresente en las disputas políticas colombianas, se ha convertido en una fuente de divisiones y violencia, prevaleciendo sobre el razonamiento del interés general, por eso para cerrar este trabajo, hay algunas consideraciones que debemos resaltar como resultados de este camino.

En primer momento, hay que decir que la historia política de Colombia, marcada por la lucha entre ideales opuestos y la ausencia de un relato común, ha llevado a una serie de consecuencias de carácter emotivista que permea el discurso político, además, el reemplazo de la figura usurpadora por los relatos de Bolívar y Santander no logró consolidar una república estable, sino que abrió paso a una constante puja entre distintas corrientes políticas que

tomándolos como base, crearon en el seno del poder una división política y ética antagónica y desdibujante del otro.

En esa medida, como segundo elemento, es importante resaltar que la construcción y transformación de la república colombiana ha estado marcada por la falta de consenso en cuanto a la organización política y administrativa, en esa medida la variabilidad en las constituciones también evidencia la incapacidad de llegar a acuerdos duraderos y la falta de una base moral sólida para la construcción del Estado, generando que la discusión política progresivamente, pero cada vez con mayor fuerza, sean más emotivista, y en esa medida las afiliaciones ideológicas prevalezcan sobre el razonamiento objetivo, decidiendo sobre aspectos claves que, bajo la lógica del hombre razonable desde el que se fundó, resulte totalmente irrazonable.

Como último momento, la polarización política, manifestada a lo largo de la historia en disputas que descienden de la división de “Bolívar y Santander” y que se transformaron posteriormente en “conservadores y liberales”, “derecha e izquierda” u otras divisiones ideológicas, responde a la falta de un relato ético común que guíe la construcción del país y esto tiene su raíz en la misma falencia del ideal de Estado moderno que Colombia tomó de los ilustrados diosechescos.

La búsqueda de un "lado correcto de la historia" ha llevado a la exclusión de minorías y a periodos de violencia y conflicto armado interno, generando una constante incapacidad de superar la emotividad en el debate político, conduciendo a Colombia a una repetición de patrones a lo largo del tiempo y la formación de posturas políticas marcadas por discordia y violencia, sin la capacidad, ni siquiera, de encontrar un terreno común que permita salir de allí.

La reflexión sobre estos patrones históricos puede servir como punto de partida para buscar caminos que conduzcan a un debate político más informado y constructivo en el futuro.

Es trabajo le apunta a uno de los problemas más grandes de la democracia: los desafíos históricos tan grandes que tenemos para un debate público informado. La incapacidad de superar la emotividad en el debate político plantea desafíos enormes y significativos para la construcción de un buen diálogo, uno bien informado, en el que los elementos constructivo sean el norte.

Hoy, aún existe la necesidad de superar la inconmensurabilidad conceptual y fomentar un entendimiento más profundo de las posturas políticas para permitirnos una república más estable y, en esencia, no seguir con la circularidad con la que hemos debatido durante tantos años.

Presentar una reflexión sobre cómo la propuesta de MacIntyre encuentra aplicabilidad en la comprensión de los conflictos políticos en Colombia, sobre la falta de un relato moral común y la prevalencia del emotivismo en los antagonismos políticos a lo largo de la historia colombiana, es una oportunidad para pensar la importancia de una ética compartida y un discurso político fundamentado para construir sociedades más unidas y justa.

Referencias

- Anderson, B. (2006). *Comunidad Imaginaria*. Fondo de la cultura económica.
- Arlotti, R. (2007). La Formación del Estado moderno. Acotaciones desde la Transdisciplinarietà. *Revista Electrónica del Instituto de Investigaciones Ambrosio Lucas Gioja*. N° 1, 216-223.
- Bello Rodríguez, H. J., & Giménez Amaya, J. M. (2018). Valoración ética de la modernidad según Alasdair MacIntyre. Pamplona: Eunsa. (Serie Antropología y Ética; Astrolabio).
<https://doi.org/10.978.8431332846>
- Berrío Meneses, C. M. (2011). La formación del Estado en Colombia y el origen histórico de su debilidad coercitiva. Algunas aproximaciones. *Ciencias Sociales Y Educación*, 2(3), 85-106. Recuperado de
https://revistas.udem.edu.co/index.php/Ciencias_Sociales/article/view/804
- Bolívar, S. (1985). *Escritos Políticos*. Ediciones Orbis, S.A.
- Casey, J. (1983). After Virtue. *The Philosophical Quarterly*, 33(132), 296–300.
<https://doi.org/10.2307/2219228>
- Chambers, P. A. (2011). ¿Comunidad política sin negociación?: “Desacuerdo radical” y las dimensiones éticas de la búsqueda de la paz en Colombia. *Ciencias Sociales y Educación*,

1(1), 113-133. Recuperado de

https://revistas.udem.edu.co/index.php/Ciencias_Sociales/article/view/833

Chambers, P. A. (2013). Las ciencias sociales como otro escenario del conflicto colombiano:

Una mirada desde la filosofía de Alasdair MacIntyre. *Co-Herencia*, 10(18), 223–252.

<https://doi.org/10.17230/co-herencia.10.18.8>

Da Rosa, A. (2018). Ética e política em MacIntyre: Um ethos transdisciplinar. *Synesis*, 10(2), 1-25.

Espí Hernández, A. (2019). La dimensión emocional de los movimientos políticos populistas de

S.XXI en América Latina y Europa. *Miguel Hernández Communication Journal*, 10(1),

101-121. DOI: <http://dx.doi.org/10.21134/mhcj.v10i0.277>.

Filippi, S. (2021). El método histórico-crítico En Filosofía. *Escritos*, 29(62), 6-16.

<https://doi.org/10.18566/escr.v29n62.a01>.

Fonseca Sandoval, S. (2019). Lo político como exclusión: Perspectivas desde el antagonismo

político en la obra de Carl Schmitt y Chantal Mouffe [Trabajo de grado para optar por el título de politólogo, Universidad Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario].

Repositorio institucional de la Universidad Colegio Mayor de Nuestra Señora del

Rosario. [https://repository.urosario.edu.co/items/56075d24-d733-475c-bab0-](https://repository.urosario.edu.co/items/56075d24-d733-475c-bab0-39932cb79250)

[39932cb79250](https://repository.urosario.edu.co/items/56075d24-d733-475c-bab0-39932cb79250).

Fredy Hoyos, J. (2012). Antagonismo y participación en la Constitución de 1991. *Revista Guillermo De Ockham*, 10(1). <https://doi.org/10.21500/22563202.587>

Guzmán Noguera, I. de. (2000). *La otra historia de Colombia*. Editorial Guadalupe Itda.

Laguado Duca, A. C. (2014). La formación del Estado y la nación en Colombia. *Memoria y Sociedad*, 6(11), 101–116. Recuperado de:
<https://revistas.javeriana.edu.co/index.php/memoysociedad/article/view/7755>

MacIntyre, A. (1987). *Tras la virtud*. Editorial Crítica.

Martín Retamozo y Soledad Stoessel (2014). El concepto de antagonismo en la teoría política contemporánea. *Estudios Políticos*, (44), 13-34.

Méndez, P. M. (2023). El neoliberalismo argentino y sus antagonistas políticos. El caso de Álvaro Alsogaray. *Sociohistórica*, 51, e185. <https://doi.org/10.24215/18521606e185>

Ortiz-Villarejo, J. A. (2023). Prevalencia de las emociones y del populismo en el Congreso de Colombia: caso cadena perpetua. *Revista Colombiana de Sociología*, 17(1), 331-356.

Pardo Martínez, O. (2018). Metarrelatos políticos: los preámbulos constitucionales latinoamericanos. *Reflexión Política*, revista digital in *Reflexión Política*, Universidad

Autónoma de Bucaramanga.

<https://revistas.unab.edu.co/index.php/reflexion/article/view/3300/2968#info>

Pérez, J. G. (2006). Una biografía intelectual de Alasdair MacIntyre. Universidad de Navarra.

Real Academia Española. (s. f.). Antagonismo. En Diccionario de la lengua española.

Recuperado de <https://dle.rae.es/antagonismo>

Real Academia Española. (s.f.). Político. En Diccionario de la lengua española. Recuperado de

<https://dle.rae.es/pol%C3%ADtico>

Saiz, M. J. (2019). El diálogo entre tradiciones y culturas en el pensamiento de Alasdair MacIntyre y Charles Taylor [Tesis de doctorado, Pontificia Universidad Católica Argentina]. Repositorio Institucional de la Universidad Católica Argentina.

<https://repositorio.uca.edu.ar/handle/123456789/10479>

Santander, F. de P. (1988). Carta Santander-Bolívar 1813-1820. Biblioteca de la presidencia de la República.

Santander, F. de P. (2011). Cartas a Simón Bolívar. Universidad Nacional de Colombia.

Schmitt, C. (1991). El concepto de lo político. Textos de 1932 con un prólogo y tres corolarios. Alianza Editorial.

Uribe Guzmán, P. M. (2020). La tolerancia sustentada: una práctica para la democracia. *Revista*

De Filosofía, 34(86), 27-49. Recuperado a partir de

<https://produccioncientificaluz.org/index.php/filosofia/article/view/31213>

Valencia-Tello, D. C. (2017). Las emociones en el proceso de paz colombiano. *Revista da*

Faculdade de Direito UFPR, 62(1), 231–254. <https://doi.org/10.5380/rfdufpr.v62i1.50782>

Weber, M. (1979). *El político y el científico*. Alianza Editorial.

Weber, M. (2002). *Economía y sociedad*. Fondo de la cultura económica.